

CENIT

*sociología —
ciencia — literatura*

4
Sumario

Redacción: Notas de actualidad.—David A. Salzberg: El anarquismo, concepción social y filosófica, permite la comprensión y la solución de los problemas humanos.—Toni Gibson: Producción de alimentos y población.—Hispanius: Un ideario viejo como España.—Luce Fabbrì: Democracia, liberalismo, socialismo y anarquismo.—Doctor Pedro Vallina: El infierno verde. Paludismo o malaria.—Fritz Brupbacher: Marx y Bakunin (folletón encuadernable).—Campio Carpio: Tres maestros ilustres.—B. Milla: Tiempo de exilio.—Bernardo Pou: Al margen de una polémica. La decadencia del sindicalismo en Francia.—J. Lazarte: Estado y Poder.—J. Carmona Blanco: Ausencia y presencia de Miguel Hernández.—J. Coll de Gussem: Lo que perturban los muertos.—Portada de D. Rivera; en la contracubierta, poesía de José Martí.

28

RIL
53

Revista Mensual



Ayuntamiento de Madrid

NUESTRA PORTADA

Recientemente, el cine y las informaciones han puesto de moda la figura del guerrillero agrario Emiliano Zapata. El retrato espiritual del campesino rebelde les ha salido pálido a los cineastas, y el lineado físico, demasiado europeo a los publicitarios.

Emiliano Zapata — que la versión burguesa distingue con el falso honor de General —, ni en leyenda puede ser arrancado a su pueblo, a la entraña de su pueblo, por el cual y con el cual se lanzó al monte contra el tirano Porfirio Díaz y contra los sucedáneos de esa extinta tiranía. Su grito de ¡Tierra y Libertad! clamaba igualdad y derecho, posesión de la tierra, y del pan de la tierra y del aire libre que la aureola, besa y vivifica. Tierra y Libertad fué la voz rebelde del indio, que no comprende de leyes a no ser la ley del franco vivir.

El pincel de Diego Rivera sorprendió al «zapatismo» en su estado de pureza y de bravura. Esto sí que es indio y libre, esto sí que es arrojo y justicia selvática.

Desgraciadamente, de la gesta zapatista no quedan más que el recuerdo y las pinturas.

LA PENSÉE CHINOISE ET SON RÔLE DANS LA GRANDE SYNTHÈSE HUMAINE

por Paul GILLE

Se trata de un breve estudio de psicología, en donde, de una manera clara y concisa, queda reflejado el fondo moral que ha caracterizado, desde los tiempos más remotos, la filosofía de los pensadores chinos. Es una exposición objetiva que ha de interesar a todo aquel que se complazca en estudiar la evolución del pensamiento ético al través de los tiempos y de los pueblos.

Este opúsculo, incluidos gastos de envío, se sirve a 60 francos. Pedidos a «CENIT», 4, rue Belfort, Toulouse (Haute-Garonne).

CENIT

REVISTA MENSUAL
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA
Y LITERATURA

Comisión de Redacción: José Peirats, Juan Ferrer, Federica Montseny.

Administrador: F. Montseny, 4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne).

Precios de suscripción: Francia, 204 francos trimestre; Exterior, 240 francos.

Número suelto, 80 francos.

Paqueteros, 15 por 100 de descuento a partir de cinco ejemplares.

Giros: «CENIT», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne).

Ayuntamiento de Madrid

CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Año III

Toulouse, abril 1953

Nº 28

Notas de actualidad

DEL FALLECIMIENTO DE STALIN AL NO FALLECIMIENTO DE FRANCO

CUANDO un hombre ha sido endiosado —generalmente por sus mínimas cualidades y por sus grandes defectos— asombra a las gentes que el diocesillo pueda morir cual misero gusano. Cruda la realidad, implacable la ley de vida. Lo único que no muere es lo que no ha nacido.

Stalin, como todos los dictadores, fué un hombre empujado por los acontecimientos, no un productor de éstos. Situado en segunda fila en el Partido maximalista, se fué situando por dotes de intrigante más que por gloria de luchador. Uno a uno, sus rivales interiores —Zinoviev, Radek, Trotski...— fueron violentamente eliminados, quedando él —el ex-revolucionario gregoriano— en dueño absoluto de un país sometido a uno de los más duros absolutismos.

A pesar de su sistema de gobierno, el pueblo ruso lo ha considerado un mal necesario, una verruga antiestética, pero conveniente a su cuerpo social. No faltará ciudadano soviético, proletariado y cerificado, que lo haya calificado de **padrecito**. Pero en la Rusia fatalista es tradicional considerar **padrecitos** a los personajes —zares, caudillos— que la tiranizan.

La virtud de Stalin ha sido el oportunismo, y sabido es que el oportunismo se acompaña de la falta de escrúpulos. Todo lo libre, futurista, lo hizo pasar por reaccionario, la libertad física por un prejuicio y el infundio y el sistematismo por valores irremplazables. Así el inmenso Stalin logró un poder propulsor formidable explotando, por encima, la imbecilidad de las masas y la venalidad o la incoherencia de ciertos grupos intelectuales.

En ese terreno —y en el de las armas— Stalin vió establecida su fuerza, si bien el resultado no puede ser más escabroso: corrupción moral de los inteligentes supeditados, idiotización de las multitudes, agravación del espíritu reaccionario burgués por miedo, desvalorización de la verdad por ahínco en la mentira, desprecio absoluto del derecho humano, descrédito de la liberación de los pueblos por renuncia de los mismos a su bienestar, hundimiento del criterio revolucionario en beneficio del anacronismo guerrero, mecanización de la vida social humana regida por una policía omnipotente y menospreciativa de la voluntad individual y colectiva.

La figura de Stalin pasa, siendo lo más grave que

su obra de perversión queda. Trabajo habrá para desvirtuar sus nocivos efectos, y no obstante, habrá que continuarlo.

*

ENEMIGOS de los sistemas de fuerza, nada tenemos que oponer al desarrollo de la existencia humana. Y a mejor decir, pugnamos por la destrucción de aquellos para beneficiar a esta.

Franco, hombre que por sus dotes personales no adquiere ningún relieve, ha tenido la desgracia de concretar en sí cuanto de falso, ruín y miserable es capaz de anidar en el alma española. Voceador contra lo «rojo», ha sido el Stalin gris, el verdugo confesional que la grey millonaria y críster ha impuesto a un pueblo merecedor de mejor suerte. Todo lo impositivo, cruel, arrogante e insufrible, ha sido fijado en la grotesca figura de ese pelele de curas, en ese caudillo de circunstancias, en ese fratricida cuyo derecho a la vida no negamos, pero cuyo nacimiento consideramos un grave desacierto.

La intransigencia clerical española ha sido siempre famosa, tanto como la réplica airada de la población, concretada en un día de desafueros contra un siglo de torturas inquisitoriales. La hecatombe española del 18 de julio de 1936 tiene este significado, siendo la obligada contestación del 19 la consecuencia de la irrupción violenta del Santo Oficio... que hoy campa magníficamente merced al apoyo de los capitalismos y los sindicalismos internacionales.

Contra toda lógica Franco persiste tiranizando al pueblo español y ello va marcando sus consecuencias. De cada cuatro españoles tres han llegado a la conclusión de que en el mundo burgués no existe democracia ni lucha de ideas, pero sí de intereses, contra la Rusia stalinizada. Odioso el franquismo y odiosos quienes en nombre de la libertad de los pueblos lo apoyan y vigorizan. Y así como Stalin tuvo la triste virtud de revelar que en nombre de la revolución se puede caer en profundo anacronismo, Franco, el odioso y repugnante Franco, ha tenido el mérito de evidenciar que las grandes (por lo que abultan) democracias, se sirven, como el bolchevismo, de la mentira, si bien con menos inteligencia que éste.

EL ANARQUISMO, concepción social y filosôfica,

permite la comprensión

y la solución de los problemas humanos



paso lento, mejorando el conocimiento de las cosas, los pensadores y filósofos desde la edad más lejana han preparado la concepción anarquista del mundo y de la sociedad.

Los resultados de seis mil años de evolución espiritual y afectiva han perfilado y definido la conciencia de la personalidad humana, a cuya descubierta se ha añadido el deseo fundamental de suprimir obstáculos que impidan esa afirmación del ser y su inclinación por la libre creación y por la voluntad de asociarse.

La Grecia de Sócrates, Epicuro y Zenón contribuyó considerablemente a preparar la concepción anarquista. Estos pensadores situaron el problema humano en su proporción real y a la medida del entendimiento, barriendo el horizonte de divinidades mitológicas y vaciando el cielo de heraldos divinos portadores de pavorosos mandamientos, terror del hombre de la antigüedad.

El pensamiento racionalista, científico, de aquellos hombres ilustres nadie ni nada conseguirá extinguirlo. Su chispa, oculta tras la tiniebla de una noche milenaria, espesa de opresiones y barbaries, subsiste vivaz e imperecedera.

La luz de Atenas alcanza a Cervantes, a Dante, a Miguel Angel, a Galileo. Después de ellos la conquista del porvenir no se ha detenido, siguiendo, por el contrario, magnífica carrera extendida por todo el mundo; y en el silencio de la noche de las exaltadoras verdades, los precursores aportaron el vértigo de un mundo nuevo, anunciando y haciendo entrever la inmensa posibilidad de saber, permitiendo al hombre, ya consciente de su fuerza de vida, enfocar ésta sin miedo, libre al fin de servidumbres y esclavitudes que antes la gente creyera eternas y fatalmente sin remedio.

Las críticas a dices de los pensadores del Renacimiento y del siglo XVIII nos han provisto de elemento de combate muy potente a emplear contra el despotismo. El análisis penetrante e implacable de los dogmas y demás obscurantismos, son el fruto de la inteligencia y del ingenio que buscan imponer, por vía natural, la sinceridad y la emancipación.

Cada pensador que se asigna como finalidad suprema la verdad y la justicia, contribuye, a su manera, a destacar un conjunto de hechos probando que la inteligencia humana y la conciencia étnica

y social, innatas en el hombre, le señalan a éste el derecho de reivindicar una libertad siempre más amplia, abriéndole la posibilidad concreta de una organización social contrapuesta al dogma autoritario personificado por el Estado y su secuela gubernamental.

Cada pensador ha contribuido con su dirección moral peculiar a elaborar la síntesis de un humanitarismo que ha terminado por concretar la concepción anarquista.

Considerando la evolución cultural e individual bajo este ángulo, nos estimamos autorizados a decir que el anarquismo es la resultante del esfuerzo universal emprendido por el hombre hacia la razón, la tolerancia y la solidaridad en todos los órdenes de la existencia.

Puesto que estamos de acuerdo en ver en el anarquismo la totalidad del esfuerzo substancial de un estado de espíritu favorable a la liberación ilimitada del individuo, nos ha de ser permitido igualmente afirmar que su filosofía comprende todos los cauces conducentes al libre futuro, todas las capacidades creadoras, todas las tendencias del ser consolidando en él la convicción de su valor, de su utilidad, asegurándole una iniciativa permanente en sentido mejorativo del medio social del cual todo individuo ha sufrido su influencia.

Proudhon, Kropotkin y Bakunin destacaron bien entre las innumerables corrientes del pensamiento universal, la tendencia primordial del individuo que aspira, ardientemente, a vivir independiente y sin obligación impuesta. La historia humana marca huellas profundas de esta lucha ininterrumpida entre la autoridad que nunca transige con la libertad, la independencia ni con la justicia social, y el ingenio humanitarista que zapa continuamente los principios sobre los cuales se asientan las tradiciones autoritarias del poder y de las desigualdades económicas y sociales.

Los tres pensadores citados, todos socialistas libertarios, han completado admirablemente ese querer anotado, merced a una amplia contribución científica abundantemente propicia por la sabiduría del siglo XX. Si durante miles de años el hombre ha estado en la constante rebusca de una explicación del mundo, de la vida y de cuantos fenómenos la envuelven, el problema social y todo lo referente al mismo le había sido muy vagamente entrevisto y presentido. Y sin duda, sin la contribución incesante de los grandes espíritus a partir

de la época en la que el hombre empezó a interesarse por la Naturaleza, el cielo y los astros, la humanidad presente no habría conseguido llegar a su actual estado de conocimiento, a la entraña del problema social en nuestro caso, problema angustioso sin cuya comprensión a fondo no es posible alcanzar todas las características de los conflictos que continuamente desgarran a la humanidad.

Impuesta de esta suma de conocimientos, heredera del esfuerzo de innumerables generaciones, puede afirmarse que la anarquía es la síntesis armónica y racional de una humanidad universalista estructurada en sociedad sin clases, sin gobiernos, basándose únicamente en la libre entente y en la cooperación.

Cuando reconocemos el incalculable alcance de la teoría de Arquímedes o de la civilización helénica, concretamente, no podemos menos que remarcar que esta civilización y el pensamiento derivado de la misma no constituye sino una partícula que ha ayudado, cierto, a fecundar otras novedades, pero reduciéndose a un aspecto en vez de concretar un todo; ya que en tanto las instituciones sociales no sean capaces de asumir la libertad y la potencia de los productos del trabajo en beneficio de todos los hombres, toda civilización, por brillante que se la considere, no puede ser estimada sino en su aspecto fragmentario de una obra, desgraciadamente mutilada.

Precisamente, lo que convierte la anarquía en una fuerza y en una realidad, es el hecho de haber sabido agregar al conocimiento general de las necesidades humanas, la inquietud social despertando en el hombre la conciencia de la justicia y el inconformismo razonado.

Por añadidura, los siglos XIX y XX han permitido ampliar hasta el infinito la concepción social y filosófica del anarquismo. Las ciencias técnica, biológica, sociológica y psicológica han confirmado la humana exactitud de la tesis anarquista.

Técnicamente sabemos que los bienes producidos por los hombres de labor pueden satisfacer las necesidades materiales de la humanidad de manera ilimitada. Psicológicamente, conocemos también que la autoridad gubernamental y eclesiástica descansa sobre el sentimiento del miedo, no siendo, en consecuencia, aceptada su ley voluntariamente. Biológicamente, sabemos que todo individuo, no importando raza, color ni nacionalidad, bien preparado es capaz de adquirir un nivel elevado en saber y moralidad; y así tratados los individuos en atraso, sometidos al mismo desenvolvimiento físico y psicológico que los ciudadanos de los pueblos más evolucionados, se conseguiría para la humanidad una buena promoción de seres interesantes cuales Voltaire, Descartes, Shelly, Ferrer Guardia, etcétera. Por consiguiente, no es exagerado decir que el anarquismo contiene, en sus consideraciones, los elementos más esenciales y numerosos pudiendo satisfacer a todo el mundo en la nueva sociedad por cuyo advenimiento se afana. No obstante, la perfección del desarrollo anarquista en sociedad, me atrevería a decir que reside en el hecho de no imponer la institución prevista, por un tiempo indefinido, puesto que estamos en la ventaja de que, defendiendo ahora la idea antigubernamental, los anarquistas posibilitamos la renovación constante de la sociedad de acuerdo con las aspiraciones naturales de los hombres.

Para mejor comprender la naturaleza humana, sepamos de antemano considerar peligroso mal co-

nocer que el factor ideal ha de ser inseparable en todo ser pensante; hay que imponerse de la necesidad incesante de mejorar los medios culturales y sociales envolviendo al individuo. Privarle a éste, por la fuerza o la amenaza de unas sanciones, de la facultad de rehacer o de cambiar fundamentalmente un orden social incompatible con los derechos naturales, con el bienestar y con la justicia, equivaldría a condenarlo a un estado de neo-esclavitud provocadora de nuevas violencias sobre los caracteres, cuya provocación se convertiría en odio, en forcejeos, en elemento de obscurantismo y opresión.

Las instituciones caducas, convertidas en impedimento a causa de las nuevas exigencias de vida, deberán ser normalmente eliminadas sin dar motivo —tal como hoy ocurre— a persecuciones intolerables y bestiales.

Un espíritu libertario razonable — en toda la acepción de la frase — debe asegurar sin falta a los componentes de la sociedad la libertad de acción, el derecho a la iniciativa, para corregir los defectos de un sistema social que a medida que pase el tiempo vaya perdiendo alma o consistencia moral.

Es esto lo que el anarquismo ha comprendido, puesto que la vida es cambio continuo, renovación constante. Por naturaleza, el hombre es incapaz de conformarse indefinidamente con el uso de tradiciones que quizás en otras épocas tenían importancia, pero que dejaron de tenerla a partir del momento en que el goce de la libertad le ha revelado cohibitivas y enojosas. Entonces, en parejo estado, no queda otro remedio que rehacer la estructura social y económica según los principios anarquistas de bienestar y felicidad para todos. Puesto que actualmente todo un aparato represivo, estatal impide reorganizar la vida social en el plano requerido por el deseo general de justo sosiego, no le queda al hombre otro camino que el del inconformismo conducente a la rebeldía.

Pero, tratando de establecer una sociedad nueva, el anarquismo es la única ideología revolucionaria que excluye por primera vez las causas que engendraron el sufrimiento evitable, la explotación del hombre por el hombre, el despotismo de Estado, la violencia judicial y la guerra. Por la forma de organización propuesta, la revolución anarquista no incurrirá en el funesto vicio de crear nuevas castas dominantes, ni grupos privilegiados y monopolistas. La asociación de productores en una vasta federación de los mismos, regulará la economía y la distribución comunes.

El anarquismo no es, en ninguna manera, un partido político. Empieza por no disponer de profesionales del dirigismo que desde lo alto de un poder central decreta y legisla como la sociedad ha de ser organizada y como la masa popular ha de producir. Incurriendo en esa anomalía, las conquistas de la revolución palidecerían al extremo de recaer, infaliblemente, en la corrupción y el servilismo.

Los motivos esenciales de nuestra cultura y de nuestra ética social, se concentran en torno de ese criterio: No hay progreso sin libertad, no hay bienestar sin justicia social.

Cada civilización gravita alrededor de una idea de base que determina los motivos de su comportamiento y de su evolución. Esta civilización de ahora, industrial y burguesa, gravita en torno de una pasión que predomina por encima de todo y que tiene, como eje motriz, el Dinero, la adquisición de la riqueza material para la guerra y para la explo-

tación vergonzosa y odiosa de una masa humana privada, para su colectivo, de los medios de producción, lo que hace que la orientación del saber y de la energía humana conduzca fatalmente a situaciones desastrosas y a peligros incommensurables en los cuales estamos precipitados desde 1914.

La anarquía, tendiendo hacia una nueva civilización, crea nuevos motivos de atracción permitiendo orientar a la inteligencia y a las tendencias psi-

quicas de los hombres hacia las formas sociales y culturales en las que la exclusión del autoritarismo establecerá como centro de gravedad la libre cooperación, los lazos federativos, la amplitud de conceptos en materia de especulaciones ideológicas y de organización. En anarquía la idea de base es la igualdad económica y la universalidad de bienes entre todos los pueblos de la tierra.

David A. SALZBERG

PRODUCCION DE ALIMENTOS Y POBLACION



ESTA de moda ahora escribir libros y artículos profetizando el destino de la raza humana porque nuestro planeta carece de posibles recursos agrícolas para alimentar la creciente población. Yo no soy profeta ni puedo predecir si esta amenaza del hambre recaerá sobre mi especie pero si recayera no sería por las razones propuestas por los entusiastas Jeremías. Si nuestra civilización cae en ruinas, no será por falta de recursos agrícolas o deseo de utilizarlos, sino por razones que son de carácter complejo.

Permitaseme, antes disociarme de los anti-malthusianos. Yo no he reñido en forma alguna con las incontrovertibles matemáticas de Malthus. Una estimación conservadora que asigna cuatro descendientes a cada pareja nos conduce a calcular que una simple pareja humana produciría una población de dos millones de millones de progenitores en cuarenta generaciones si el proceso de reproducción humana no sufre retardos por enfermedad, guerra, etc. Ahora, si el género humano ordena sus relaciones debidamente, que es lo que los anarquistas propugnamos, tendrá seguramente poder para reducir al mínimo estos desastrosos contratiempos. ¿Qué haremos cuando la tierra esté atestada de seres humanos y tengamos que colonizar otros planetas? La limitación de procreación por medios anticoncepcionales es la obvia solución, y si alcanzamos una posición de armonía que haga la conquista de la muerte por enfermedad y violencia una posibilidad práctica, tendremos también la oportunidad de hacer del anticoncepcionismo una costumbre mundial.

El problema, por tanto, es qué hacer en este periodo interino. La población de la Tierra es de casi 2.500 millones, y parece que va en aumento de una forma rápida. La superficie de las tierras no cubiertas por las aguas en nuestro planeta es de 33.000 millones de acres (1), pero de acuerdo con la mayoría de las autoridades, sólo una pequeña parte de ésta es propia para el cultivo. El Departamento de Agricultura de los Estados Unidos da una cifra de 4.000 millones de acres; otras autoridades dan una cifra tan baja como 2.500 millones de acres de tierra cultivable. Así que de momento, para mantenernos, tenemos entre uno y dos acres

por cabeza, y si alguien conserva las viejas ideas de «un acre y una vaca» como suficiencia, permítasenos recordaros que Lord Boyd Orr dice que para una dieta propiedad se requieren dos acres y medio por cabeza. Así, de acuerdo con los estadistas, la población mundial ha pasado «ya» el límite en el cual la vida humana puede mantenerse eficientemente, y cada año trae un incremento de población para ayudarnos en el camino del hambre mundial. Más aún, otros estadistas señalan que la superficie de terrenos cultivables en la Tierra se aminora a un paso alarmante debido a la erosión del suelo, y que todo lo que podemos hacer es entablar una batalla perdida de antemano contra el empobrecimiento de nuestros recursos.

Este cuadro mundial del destino del *homo sapiens* contribuye de una o de otra forma a la historia política de planes a corto plazo de los Estados gobernantes del mundo de hoy. ¿No es locura quemar los alimentos para estabilizar un mercado o masacrar un millón de seres para simplificar la ciencia de gobierno si el género humano está de todas formas condenado, y la mejor esperanza está en la devastación de medio planeta a fin de que un bloque de poderes pueda asaltar lo que quede? No quiero decir que la adopción de una política de guerra por los grandes Estados es debida enteramente al miedo consciente de un exceso de población con relación a la producción de alimentos; pero este temor se opera sin duda alguna tanto en los círculos gubernamentales como entre aquellos gobernados por éstos.

Antes de sumarnos al totalitarismo y aceptar la necesidad de la guerra global, permítasenos examinar de cerca las razones fundamentales de los profetas de la predestinación. ¿Existe, de hecho, en los momentos presentes, con nuestros conocimientos en agricultura y nuestro actual potencial de recursos, una absoluta relación fija entre espacio vital y población? Se me ocurre observar que muchos de los propagadores del miedo al hambre se olvidan o desconocen ciertos hechos elementales acerca de la alimentación, de dónde viene, de qué naturaleza es y por qué la necesitamos. Y en sus juicios a la ligera hacen cábalas políticas y eco-

(1) El acre, medida inglesa de superficie, equivale a 40,47 áreas.

nómicas desconcertadas. A riesgo de hacer pesado este punto me propongo tocar ciertos aspectos científicos elementales que no son apreciados tal vez en el amplio sentido y significado en que debían ser.

Todas las materias alimenticias dependen principalmente de la luz del sol que se derrama tan abundantemente sobre nuestro planeta. Las plantas verdes recogen la energía que viene del sol y por sí mismas sintetizan alimentos de ciertos gases del aire, agua y productos químicos del suelo. La energía provista por el sol es incorporada a las sustancias alimenticias, y la necesidad que nosotros, humanos y animales, sentimos por los alimentos, debe dirigirse a este depósito de energías y utilizarlo para nuestro proceso de vida. Cuando hemos utilizado los alimentos los devolvemos (por medio de la excreción, muerte o descomposición), principalmente los gases, agua y sustancias químicas que las plantas verdes requieren para sintetizar más sustancias alimenticias. Así la vida de las plantas y la de los animales realizan un juego interminable de cambio con los mismos elementos. Toda la fuerza motriz de este juego viene de la energía recibida de la luz del sol. No existe el «desgaste» de los elementos del planeta. El átomo de nitrógeno que estaba en la barba de un faraón puede encontrarse muy bien en mi propio cuerpo; el átomo de carbono que se elevó del incendio de Roma puede encontrarse muy bien en la manzana que en este momento tengo delante de mí. Por lo que respecta a la cantidad de los elementos necesarios para la vida vegetal en este planeta, un aumento de un millón de veces en la materia viva reduciría los recursos del mundo en muy poca cosa. Uno de los factores que limitan la reproducción de la vida hasta un límite infinito (además del incontrovertible del espacio vital), es la cantidad de energía contenida en la luz del sol, la cual no podemos aumentar. Pero tal es la diferencia entre el número de calorías por año que la Tierra realmente recibe del Sol y el número de calorías que son absorbidas por la vida de las plantas, precisamente, y preparadas en sustancias alimenticias en un año, que el problema seguirá siendo académico por un largo lapso de tiempo.

Este crudo cuadro de la vida de las plantas y animales jugando su interminable juego de elementos rotatorios con objeto de utilizar la energía del sol, no es la historia completa, pero es básica para la comprensión del origen, objeto y destino de las materias alimenticias. Las plantas necesitan algo más que la luz del sol, gases aéreos, agua y sales químicas para conservar un crecimiento normal; ellas necesitan un complejo balance de organismos vivientes en el suelo y ciertas condiciones climatológicas propias para las diferentes clases de plantas. El trigo no crecerá en un fangal, ni el arroz tampoco crecerá en un arenal. Pero el hombre desde tiempos inmemoriales ha sido una criatura que se ha mezclado en la ecología de la vida de las plantas, donde quiera que se ha encontrado. No nos engañemos acerca de esto. La agricultura es una ocupación antinatural. Su fin es intervenir en el equilibrio de la naturaleza y hacer crecer ciertas plantas en sitios y bajo condiciones climatológicas diferentes a las suyas. El hombre de la ciudad contemplando un huerto bien cultivado, se figura que esto es algo natural, algo inevitable al paisaje como el pelo a su propia barba. Pero en realidad lo que el ve es tan artificial y tan huma-

namente influenciado como una fábrica de automóviles. El ve especies de plantas americanas cruzadas crecer en lugares donde crecerían naturalmente plantas acuáticas; raíces vegetales de Mesopotamia, en sitios donde las aliagas propias del terreno florecerían, y diferentes clases de cereales en lugares que han estado cubiertos por bosques. Un campesino no tiene más que descuidar por un corto tiempo su constante tarea de interferencia y la ecología natural renacerá inmediatamente sobreponiéndose a la cosecha artificial. Existe tanto misticismo y crasa ignorancia mezclados en el concepto general del laboreo y producción de artículos alimenticios que es difícil llevar a la gente a tratar el problema desde un punto de vista racional. El hombre existe en este planeta por su habilidad a oponerse, a alterar las fuerzas que vagamente se le llama Naturaleza, pero existe el supersticioso temor a admitir que nuestros medios de vida son «antinaturales», es decir, en vez de adaptarnos nosotros mismos a las condiciones generales que rigen este planeta, nos consumimos adaptando el planeta a nuestros deseos.

He hecho mención al hecho de que de los 33.000 millones de acres de tierra sólo 4.000 millones son cultivables. Esta declaración del Departamento de Agricultura de los Estados Unidos significa simplemente que se ha conseguido la conquista de la ecología de un octavo de la superficie de tierra disponible, y el resto de los otros siete octavos poseen una ecología que en el presente estado de cosas es muy difícil de dominar. Una declaración por el estilo podrían haber hecho los agrimensores de 1086 referente a Inglaterra. Pero desde entonces a la fecha una parte considerable de la ecología ha sido alterada por el avenamiento de terrenos pantanosos, limpieza de bosques, por presas o embalses y por la introducción y cultivo de nueva variedad de plantas que ahora reemplazan a la antigua flora. Nuestra investigación nos conducirá a una consideración del presente estado de cosas, en el cual siete octavos de la tierra laborable permanece improductiva aunque la mayor parte de ella recibe la esencial energía solar como el octavo que está en producción.

No empezaré por el desierto de Sahara, por las montañas del Himalaya o por las florestas ecuatoriales americanas, sino por un país que yo conozco personalmente y del cual se dice no puede alimentar a la mitad de su población. Me refiero a la Gran Bretaña. Yendo hacia el Norte desde Carlisle noté la aridez de las colinas; aparte de la magnífica cosecha de espinos, matorros, carrizos y escasas hierbas, estos millares de acres no producen nada en absoluto, excepto donde la Comisión Forestal ha limpiado unos cuantos lugares para ser replantados. Precisamente una simple cabaña se encuentra en la falda de una pelada colina y en su pequeño huerto crecen las hortalizas. Si el huerto forma parte de la colina y se pregunta por qué las hortalizas no cubren el resto de la misma, la pregunta resulta simple y ridícula. Las hortalizas se crían en el pequeño huerto porque el terreno es cuidado con esmero y paciencia. Podrían criarse también sobre toda la colina después de un cierto tiempo de preparación para preservar las plantas de los vientos, de nivelación del terreno y de una preparación general del mismo para una nueva ecología; pero el precio de tal labor sería fabuloso. Lo recaudado no pagaría a ningún propietario.

Así llegamos al simple hecho de que la barrera para poder criar algo en ciertas tierras no radica en una imposibilidad biológica, sino en una imposibilidad económica, «dentro del marco en que se encuentran las cosas». No me impresionan los inconvenientes técnicos de poner en cultivo tierras pobres y estériles: gastamos la mayor parte de las riquezas de la comunidad en cosas muchísimo más difíciles técnicamente que eso. En comparación, la cantidad de trabajo, habilidad e ingenio empleados en tales industrias como la de armamentos, materias plásticas y átomos hace el problema de superación de las dificultades que plantea el crecimiento de las cosechas, un juego de niños. Pero nuestro sistema económico es tan fatalmente concebido por socialistas como por torys que incluso una amenaza de hambre mundial no les hace pensar de otra forma. Sandeces como las siguientes son lanzadas a cualquier intento de considerar el incremento de la producción a expensas del sistema económico.

«Es verdad que hay gentes que rechazan a Malthus... están completamente convencidas de que aun hay pedazos de tierra literalmente pidiendo a gritos el cultivo y sólo el craso egoísmo de los trabajadores prohíbe que estas tierras produzcan infinidad de millones, y posiblemente un nivel de vida mucho más elevado. A su vez la culpa es debida a la clase capitalista (siempre silenciada) que deliberadamente rechaza la posibilidad del cultivo de grandes cantidades de productos alimenticios, y está dispuesta a destruir millones de toneladas de alimentos para conservar el nivel de los precios y quien sin duda consume grandes cantidades de alimentos, las cuales estarían mucho mejor distribuidas entre los trabajadores.»

Este extracto es de un bosquejo de A. Cutner sobre: «Rumbo de Población y los Recursos Biológicos del Mundo», del Dr. G. C. L. Bertram. Mr. Cutner confunde la cuestión cuando piensa que aquellos que ponen de manifiesto la pertinencia del sistema económico por el no cultivo de las tierras, son «antimalthusianos», cuando que la tesis de Malthus de hecho no se plantea.

¿Dónde está la llave que ha de abrir la puerta al desarrollo de la agricultura y de la producción? Es inútil esperar una solución de la empresa del Estado en este sentido, porque el Estado no puede actuar de otra forma que de acuerdo con su propia naturaleza. En este país está empleado en la política del desenvolvimiento de los intereses industriales (nacionalizados o privados) y afin de vender los frutos de la producción industrial; los productos alimenticios criados a millares de kilómetros de distancia han de ser importados, y esto, naturalmente, da un empuje a la industria naviera, la del carbón y la del acero. Producir todos los alimentos que nos son necesarios aquí, crearía un desastroso cortacircuito, y la industria sufriría. Yo no creo que sea esto un plan bien pensado, manipulado por proyectistas maquiavélicos, sino que lo mismo que otras cosas es el resultado inevitable de una cantidad de tendencias, luchando las unas con las otras, que producen el equilibrio del *statu quo*. Es antinatural esperar que el Estado cambie de parecer y vaya a una intensificación de la producción para usarla en un sentido racional; porque el Estado es una institución y no un individuo y por tanto no tiene corazón u opinión que cambiar.

Los progresos en la dirección, y de mayores medidas de control del Estado y nacionalización de

la tierra, no ofrecen ninguna solución a los problemas de la producción de alimentos. El lamentable plan de *Ground Nuts Scheme*, plantación de África donde se gastaron muchos millones de libras esterlinas, permanece como un monumento de las empresas del Estado en la producción de alimentos. En Rusia, 14 años después de que los bolcheviques asaltaron el poder del Estado, sus esfuerzos en estimular la producción por medios burocráticos dieron por resultado un hambre de proporciones fantásticas. El hambre de 1932-33 permanece en la historia de Rusia como una de las catástrofes más sin fundamentos producida por un embrollo político.

Los recientes informes de Yugoslavia muestran que ha habido algo de retirada en la política inicial emprendida por el Estado sobre la intervención en la preparación y control de la agricultura.

En realidad, la causa principal de la estabilización de la producción en todo el mundo ha sido siempre el pequeño propietario. Aunque los campesinos están siempre atrasados y mal equipados en sus métodos de laboreo, sus deficiencias son debidas a la sangría en sus recursos por las exacciones de los dueños de la tierra, de los recaudadores de contribución, bandidos, burgueses explotadores y otros parásitos humanos que chupan el beneficio que podría dedicarse al mejoramiento de la tierra, antes que a su innata incompetencia. El campesino trabaja igual que el humilde, pero esencial gusano que revuelve una pequeña cantidad de terreno cada año, haciéndolo de una forma cuidada, llevando el humus a la tierra, aireándola, saneándola y debido a su gran voracidad y número, así como a su incansable actividad, no deja una pulgada de terreno sin tocar. El suelo es un medio curioso: aparte de sus constituyentes minerales, arena, arcilla, sales y humus orgánico, hay un ejército de animales viviendo entre la tierra y sobre ella que es vitalmente importante al crecimiento de las plantas, bacterias, protozoos, gusanos, insectos. Todos son agentes que deben trabajar juntos para producir una ecología particular y cuando esa ecología es una de las cosechas de alimentos, el hombre mismo se convierte en uno de estos animales agentes. He descrito la agricultura como un proceso esencialmente *antinatural*. Con esto no quiero decir que lo único que hace falta es que el químico y el tractorista se unan para hacer crecer no importa que cosecha deseada de la tierra. Este método se ha probado y ha producido estériles desiertos. La agricultura es antinatural y sus fines son los de crear una ecología totalmente nueva, pero una ecología de plantas duraderas y saludables, y esto sólo se puede conseguir por medios más sutiles que los fulminantes de la química.

Además, es inútil producir abundantes cosechas (para así establecer antecedentes estadísticos) al menos que los alimentos en sí sean de «calidad» adecuada. Productos vegetales que aparentemente parecen curados y sanos pueden carecer de los factores propios que les hacen proporcionar una adecuada alimentación, y los animales (incluyéndonos nosotros) alimentados a base de una baja calidad de hierbas, no sólo degeneran en lo que a su salud se refiere, sino que además producen un estiércol que carece de calidad estimulante para la vida de las plantas en lo que llamaríamos una saludable cosecha. Así, aunque el Sol no haya brillado nunca tanto y las aguas y químicas

existan en abundancia, la rueda de la vida puede decaer si es manejada por comerciantes ignorantes o por políticos que sólo piensan en términos de toneladas de alimentos en venta o repartidos como raciones.

Considerando el factor humano en el cultivo de la tierra, chocamos con el obstáculo de aquellos que miran al campesino con un cierto misticismo y veneran incluso su estupidez y métodos anticientíficos de laboreo que son el producto de la pobreza y de su natural desconfianza hacia los extraños. Cuando los presentes cultivadores de la tierra hayan tomado carta de naturaleza en la gran riqueza, habilidad técnica y los conocimientos científicos empleados ahora en proyectos sociales inútiles, el problema de la producción de alimentos sobre los no surcados siete octavos de la superficie de la tierra, empezará a resolverse. Uso la frase «tomado carta de naturaleza» adrede, pues si al cultivador se le impone por decretos cierta técnica, métodos torpes y planes a corto plazo, poca mejora se puede esperar. Sólo cuando los hombres tengan un verdadero control sobre su propio trabajo serán capaces de sacar ventajas de la iniciativa colectiva y riqueza de la comunidad en bien de la colectividad. Yo no creo que esto pueda realizarse por medios políticos; los signos de esperanza que existen sobre la producción de alimentos hoy día hay que encontrarlos en cuerpos apolíticos como el «Soil Association» y grupos de campesinos incontrolados, jardineros y biólogos que atacan sus problemas directamente. En el último análisis, los primeros pasos para resolver el problema de la alimentación de la población serán alcanzados solamente a través de una revolución social mundial destruyendo el poder del Estado, que limita y destruye, hoy, los recursos del mundo. Esta solución no le atrae a mucha gente en este país por el momento porque aún desconocen el efecto de ésta en su propio trabajo, y equivocadamente la miran como una idea política más y una de las cosas más extremistas. Sin embargo no cabe duda que la convicción sobre la validez del anarquismo va en aumento.

No puedo terminar esta cuestión sin rendir un tributo final al *homo sapiens*, sin el cual la vida terrestre de este planeta sería difícilmente posible en edades futuras. Hemos tratado de cómo las plantas y los animales hacen el juego rotatorio con ciertos elementos químicos, tomando su fuerza motriz de la luz del sol. Existirán siempre agua y gases, pero no ocurrirá lo mismo con las sales minerales. Gradualmente, muy poco a poco, van desapareciendo de la superficie de los continentes, siendo arrastradas hacia el mar. Este es un proceso inevitable que en tiempos pasados ha sido compensado por la aparición de nuevos continentes debido a la acción volcánica, pero como la corteza de la tierra se endurece y estabiliza, esto no ocurrirá más. Si no fuese por el *homo sapiens*, los continentes llegarían a tal estado de agotamiento

por lo que a sales minerales se refiere, que le sería muy difícil de conservar la vida terrestre, excepto en las cercanías del mar. Nosotros somos los solos animales (excepto unos cuantos pájaros acuáticos marítimos) que extraemos la riqueza mineral de los mares para esparcirla sobre la tierra nuevamente, bien por nuestras actividades de pesca o por el método de estercoleo, raras veces practicado, con plantas marinas. No hago mención de esto por mero interés académico o por la preocupación de la vida terrestre dentro de un billón de años, sino para remarcar que las tierras de que disponemos no son nuestros solos recursos para la producción de alimentos. Las vastas riquezas del mar no han sido tocadas apenas hasta el presente; las plantas marinas que crecen en ciertas regiones en tanta abundancia, producen un casi inagotable recurso en humus vegetales, y los alimentos de que se nutren las ballenas tan a sus anchas pueden servir de fuente mucho mayor que la pesca de nuestros *trawlers*, la mayoría de las veces arrojados al mar nuevamente.

Temo que los hechos expuestos, y mi interpretación de los mismos, calmará a duras penas a los malthusianos, quienes replicarán airadamente que la población de la tierra va en aumento como una bola de nieve rodando cuesta abajo, y que solamente un control administrado por el Gobierno sobre el aumento de población evitará un hambre terrible. Desgraciadamente, los Estados del mundo están siempre dispuestos a sacar ventajas de la abundante reproducción de sus súbditos para asegurarse de una buena reserva de carne de cañón. ¿Para qué matar los espermatozoide cuando dentro de 17 años muchos de ellos podrán contribuir a mover la máquina de guerra? Pero el método malthusiano puede ser afrontado mejor posibilitando aquellos por los que la gente puede limitar la sobreproducción, es decir, la anticoncepción racional. Cuando la gente se encuentra amontonada en los barrios pobres de una gran ciudad o en la pobreza de una aldea explotada, es muy difícil poner en práctica los métodos anticoncepcionales. Todo aquel que haya vivido tal vida, aunque haya sido por un corto tiempo, comprenderá que el duro luchar por un medio de vida, la satisfacción de un apetito propio en circunstancias adversas, engendra un estado apático deplorable y la idea de limitación de la fecundidad llega a ser tan ridícula como la idea del baño diario. La gente usará o adoptará el anticoncepcionalismo de una forma efectiva sólo cuando haya alcanzado un nivel de vida decente. No me refiero a la radio, a los zapatos de cuero, a las conservas, a los transportes mecanizados, etc., sino meramente a una vida en la cual el trabajo no sea una tarea forzada, y los ratos de ocio de verdadero gozo.

Tony GIBSON

(Trad. de Juan Ruiz).

Un ideario viejo como España



A mayor parte de los que se dicen y creen versados en doctrina anárquica no poseen del anarquismo más de lo que pudiéramos llamar una cultura hecha a patrón o fabricada en serie. Arguyen y polemizan hablando de la idea anarquista en el siglo XIX, y nos hablan con todo género de detalles de cómo el anarquismo fundió en una de las dos grandes corrientes sociales de tal «siglo» de las luces», o sea el liberalismo y el socialismo, tomando de cada una de ellas lo mejor y más lógico, en un afán ecléctico que merece toda aprobación y se hace acreedor a toda simpatía. Saben y divulgan que la idea anarquista tomó del socialismo el condenar la propiedad privada y el sentimiento de colectivización, y de la doctrina liberal, su desdén hacia el Estado, y su lucha en pro de la iniciativa y libertad individuales.

CULTURA STANDARD. — Si ponemos a prueba su cultura —barniz cultural de enciclopedia, más bien— nos dirán que el pensamiento anarquista fué iniciado a fines del siglo XVIII por Godwin en América(!), con su obra «Enquiry Concerning Political Justice», y desenvuelto luego por el francés Proudhon, con su obra de mediados del siglo XIX, «Qu'est-ce que la Propriété?»; por el alemán Stirner, con su libro «El único y su propiedad», también a mediados de dicho siglo, por el americano Benjamín Tucker, con su «Instead of a book», aparecido en 1893; por el ruso Bakunin, con su obra toda publicada en francés de 1895 a 1909; por Kropotkin, ruso también, con sus «Paroles d'un révolté»; y, asimismo, en un sentido diverso, ya que en él la doctrina anárquica se tenía de sentimiento cristiano, por el conde León Tolstoi, sobre todo en su obra publicada en inglés bajo el título sugestivo de «The kingdom of God is within You» (1).

Posible es que los tales «eruditos en anarquismo» no pasen de ahí, y que durante horas y más horas nos expongan teorías y nuevas teorías de razonamientos, de sistemas, de sugerencias, de tácticas, de apreciaciones, de métodos de combate, etc. No hay duda que su labor vendrá a ser eficaz, en la medida de su fuerza de persuasión, y de que serán merecedores de todo anarquista que sienta entusiasmo por su idea, que ayude con su aliento y con su ánimo a mantener viva la llama de su credo, el primero de los credos humanos, porque es reflejo y síntesis, levadura y protoplasma a la vez de cuanto es ciencia humana, y propia y auténtica humanidad.

Pero nuestros camaradas teorizantes que así ha-

blen y difundan nuestro credo, si las fronteras de sus conocimientos y de su cultura anarquista no están más allá de las lindes que acabamos de exponer, ofrecerán al adversario dos argumentos que él esgrimirá con toda su fuerza dialéctica, y que nuestro compañero no podrá rebatir: el argumento de que la anarquía es un ideal moderno, y el de que la doctrina anarquista es una doctrina exótica en España.

¡Cuánto daño nos han hecho esa falsedad del exotismo y ese mito de la modernidad! Preciso es, pues, que divaguemos sobre ellas, ampliando así el círculo cultural de los polemizantes y oponiendo un dique a sus argumentaciones capciosas y sofisticas.

EL MITO DE LA MODERNIDAD. — El mero hecho de que una doctrina sea moderna predispone ya en contra suya. En España, sobre todo, pedimos ranciedad, «solera» a las cosas. Lo nuevo nos interesa menos que lo viejo, quizá por un atávico afán de creernos superiores a cuanto signifique contemporaneidad. Solemos menospreciar lo que nos es paralelo no sólo en el tiempo, sino en el espacio, y si la idea anarquista tiene enemigos, se debe más que nada a la incompreensión de estos enemigos, a su creencia que pudiéramos decir racial de que «¡ps!, total es una idea del siglo XIX». Lo mismo ocurriría en el siglo pasado con las ideas del anterior; pero hoy, como es lógico, el siglo XVIII queda más alejado en la Historia, y ya la doctrina, por ejemplo, de los enciclopedistas se ofrece a los espíritus superficiales más viable y veraz.

Pero no hace falta que ahondemos en estos pormenores de nuestra idiosincrasia. Bástenos saber que muchos combaten la idea anarquista por moderna. ¡Error profundo! Haremos, para demostrarlo, un breve ensayo de exposición histórica de ella.

¿Qué dirían nuestros adversarios y polemizantes si partiéramos de principios de la Edad Moderna? ¿Y si nos refiriéramos a Roma? ¿Y si nos remontáramos a Grecia y a Esparta? Porque fué en estas últimas, particularmente en Esparta, donde floreció y persistió el comunismo hasta fines del período helénico. Y ya sucesivamente, en la Historia, el sentimiento individualista y libertario sigue un curso más o menos sinuoso, sorteando aquí este obstáculo y allá el otro, desapareciendo en una época para reaparecer en la siguiente, defendiéndose y atacando, pugnando contra toda opresión y obediendo a la ley mimética que protege y guarda a los seres, como la vena de agua que parte de la roca viva, en la concha del alto manantial, y corre y baja luego por la falda del monte, aquí torcida, allí sesgada, en unos lugares encubierta y en otros con el rostro de su ninfa al espacio, rumbo a su destino, que alcanza por encima y a despecho de todo.

Es la propia vena de agua de la idea política, que los hombres y las cosas tratan en vano de entorpe-

(1) «El reino de Dios está en tí mismo».

cer y de enturbiar, porque ella sigue abriéndose paso a través de todo, sorteando la abrupta montaña o perforando el roquedal enhiesto. La idea política, que tiene un origen natural y humano, prístinamente animal, podríamos decir, se enmaraña entre los griegos con la filosofía y la moral; enrédase luego entre los romanos con la teoría del derecho; entúrbíase más tarde, cuando el cristianismo y la organización eclesiástica, con la teología... Mas en la última etapa de la Edad Media, empieza a abrirse paso francamente, al desaparecer sus posteriores entorpecimientos inmediatos, gracias a la resurrección de los estudios del Derecho romano; y luego encuentra ayuda en Maquiavelo que intenta la separación de la política y de la teología; y después, pasado el momento álgido de la Reforma protestante, que se traduce en una explosión del derecho divino, y, por lo tanto, en un fortalecimiento de la autoridad de los gobiernos, la vena de agua de la política natural y humana, política anarquista y libertaria, lo que podríamos llamar sin contrasentido «política sin política», sigue su curso apoyándose en la soberanía de la ley de los juristas ingleses, en las doctrinas de los derechos naturales, del pacto social y derecho de resistencia de calvinistas y jesuitas, para impregnarse en el siglo XVII de la influencia de las doctrinas económicas, y esplendor en la Revolución francesa, y, últimamente, sobre todo, en la señera revolución industrial del siglo XIX.

Se trata, en efecto, de la vieja y primitiva idea libertaria, individualista, humana, que, combatida, obstaculizada por tanto y por tantos, reaparece y surge allí donde menos se la espera. ¿Quién creería que nuestro ideario iba a dar señales de vida en plena Edad Media, bajo la forma de organización agrícola en los feudos y en las gildas de las ciudades y en el régimen interior de las mismísimas órdenes monásticas? Así el agua, débil, huidiza, indefensa, asoma aquí y allá durante su curso, dando esas propias señales de vida entre ingentes peñascos, que son como si dijéramos sus verdugos.

No existe, pues, en nuestros tiempos esa modernidad que se achaca al ideario anarquista. Cuando Fasiliade abomina en el siglo XVIII de la propiedad, preconizando una igualdad en la posesión de todos los bienes, ¿qué hace sino reflejar a Campanella en su «Ciudad del Sol», del siglo XVII? Campanella habla de un régimen comunista de mujeres y haciendas, con trabajo para todos; pero el mismo, ¿qué otra cosa es sino un eco de Moro que, en su «Utopía», aparecida en el siglo XVI, considera la propiedad privada como la causa principal de todos los delitos? Y el propio Moro, al igual que sus sucesores y antecesores más o menos inmediatos, ¿acaso no bebió sus teorías en el cristianismo, en las sociedades primitivas cristianas, donde «todos los que creían estaban juntos y tenían las cosas en común, y vendían las posesiones y los bienes y los repartían a todos, conforme a lo que necesitaba cada uno», según se lee en el «Libro de los Hechos»? Finalmente, ¿puede acaso el mismo cristianismo alardear de creador de semejante doctrina? No la promulgó el filósofo griego por antonomasia (no hace falta nombrar a Platón) en su famosa «República»? En ella nos trazaba, en efecto, el cuadro de una ciudad en la que hasta las mujeres y los niños pertenecían a la comunidad.

Los detractores de nuestro ideario dirán que a todos estos la historia política los envuelve en el dicterio de «utopistas», pero lo cierto es que, a despecho de unos y de otros, la vieja doctrina que nació en la concha del manantial de los orígenes de la ci-

vilización fluye y corre ladera montañosa abajo en la Historia, camino de su destino, hasta llegar a la anchura del siglo XIX que, en la historia de nuestro ideario es una planicie, un llano, una amplia hoya, donde la corriente que empezó venilla de agua, para hacerse luego riachuelo y río, se extiende ya con toda majestad por el llano adelante, sin entorpecimientos ni obstáculos, recta y segura, dejando muy lejos curvas y meandros, camino del mar del triunfo final, a donde abocará con los múltiples brazos de su poder, y el estruendo de su impaciencia, tanto más violenta y feroz cuanto más contenida.

No existe, pues, como vemos, la modernidad que a nuestra doctrina se atribuye, y mito es ese que viene obligada a pulverizar nuestra iconoclastia. ¿Se quiere, en efecto, más ranciedad, más solera que Grecia y Platón?... Sin embargo, no es ese únicamente el mito que hay que destruir.

LA FALSEDAD DEL EXOTISMO. — Hay entre los recovecos de nuestra idiosincracia española un sentimiento relacionado con el foráneo a todas luces contradictorio, y es que cuando algo exterior nos favorece y halaga, lo abrazamos «por exotismo», y cuando algo suponemos que nos perjudica o violenta, como «exotismo que es» lo repudiamos. O sea que, del exotismo hacemos un comodín para nuestro capricho, nuestra conveniencia o nuestra venalidad.

Pues bien, los antianarquistas se valen de ese comodín para combatir nuestra doctrina tildándola de exótica, de ideario de importación, de modelo que nos complacemos en copiar de otras latitudes geográficas, que nada tienen que ver con el meridiano de la cultura y de la civilización hispánicas.

Es otro error profundo. Si algún pueblo de la tierra puede alardear de que en su seno haya existido el movimiento libertario antes que en ningún otro país, ese pueblo es España. Precisa y rotundamente España. Cuando antes mencionamos a Grecia, Esparta y Platón, combatiendo el mito de la modernidad, nos quedamos cortos adrede, para venir luego a hablar de nuestro pueblo, en que centenares de años antes de que Esparta y Grecia tuvieran perfil político, ya floreció el movimiento libertario, nada menos que entre nuestras tribus aborígenes.

Según diversos autores, entre los vacceos (indígenes de Palencia), prados, montes y tierras de labrantío eran aprovechados, explotados y cultivados en común. La tierra se repartía cada año, por sorteo, entre las familias que se obligaban a recoger las cosechas y a entregarlas a la comunidad, de la que luego recibían la porción correspondiente a sus necesidades... Y este régimen comunista no era tan sólo privativo de los naturales de Palencia, sino que hallábase muy generalizado en las otras regiones peninsulares. Diodoro Sículo refiere como en aquellas poblaciones primitivas hispánicas (íberas, celtas, celtoiberas, más bien), «venían todos obligados a depositar sus granos en silos abiertos en las rocas y pagábase la ocultación con la vida».

De modo que no adviene en el mundo al anarquismo, como signo de civilización, cuando en la historia del siglo XIX adviene la revolución industrial, sino que es anterior inclusive a toda civilización, y florece, en nuestro suelo peninsular, aún antes de abocar a él las primeras civilizaciones mediterráneas. Lo ponen ya en práctica el ibero aborigen, el celta primigenio, el celtoiberico compuesto de ambos, razas primitivas, de costumbres sencillas y rústicas; pueblos cuya ingenuidad les llevaba a dejar los enfermos al borde de los caminos, por si algún transeunte conocía sus males y los curaba; pueblos

cuyo innato instinto de justicia los hacía inflexibles con los delincuentes, que condenaban y ejecutaban, de modo sumarísimo, a las orillas de los ríos; hombres que cuando la enfermedad o la vejez hacían temblar las armas en sus manos, se despeñaban desde lo alto de las rocas; que preferían la muerte a ser hechos prisioneros o esclavos de otras tribus, y a quienes sus mismas mujeres y aún sus propias madres los apuñalaban si creían ver en ellos un gesto cobarde.

Es decir, que no han tenido que transcurrir diecinueve siglos de la era que nos sirve de cómputo para que las conquistas de la civilización permitieran abrirse a la flor pomposa del comunismo libertario, sino que muchos siglos antes de esos diecinueve siglos y milenios antes de esa civilización, ya los primitivos pobladores hispánicos vivían en régimen de comunidad, cuando aún se alimentaban de pan de bellotas, de leche, de quesos y de frutas.

Fuerte asombro deberá causar todo esto en el ánimo de los que no conocen bien nuestra historia, e ignoran, por lo tanto, que siempre fuimos en política a la cabeza de todos los movimientos políticos del mundo; que ya en los umbrales de nuestra historia, nuestras poblaciones primitivas tenían un Parlamento rudimentario que representaba al pueblo y era por el pueblo nombrado y por él rebasado si se hacía indigno de ese nombramiento y de aquella representación, citando Tito Livio lo ocurrido una vez entre los volcos que, por oponerse su Parlamento a la guerra y ser ésta voluntad del pueblo, arrastraron y quemaron a todos los senadores, en un gesto bárbaro de sociedad aborigen, pero cuyo espíritu ardía en la llama de la justicia. De igual manera, cuando muchos siglos más tarde, la madurez política de los pueblos se hace mayor, y la voz «parlamento» tiene otro sentido y abarca otros problemas

de gran complejidad, y se considera como una gran conquista del pueblo su entrada en ese parlamento, es también España el país que marca la ruta a seguir; Castilla da entrada al pueblo en las Cortes en el siglo XII, y Francia, la políticamente culta y fuerte, hasta el siglo XIV. Y si ponemos nuestros ojos en el ciclo de las grandes revoluciones de los principales países, ciclo que parece como una propagación o un contagio, vemos también que España marca asimismo la pauta: nuestras comunidades y germanías desvirginaron la flor de las revoluciones que habían de proliferar nuevos mundos, y por el arco abierto de los nuevos horizontes liberadores pasaron después los príncipes de las revoluciones inglesa, alemana, francesa, americana, italiana, rusa.

España estuvo, pues, en política, como en tantos y tantos aspectos de la vida, a la cabeza de todo y de todos. ¿Quién se atreve, por lo tanto, a hablar del anarquismo como planta exótica en nuestro invernadero, si es planta de selección, que ha abierto sus hojas espléndidas al calor fundente de la revolución industrial del siglo XIX, y que, en tal sentido, necesitó el abono de centurias y más centurias de civilización? ¿Acaso en el manantial de esa civilización no se miraba ya nuestro milenario país como en un espejo?

Ni exotismo ni modernidad. Perennidad más bien, como estamos viendo, y raigambre y solera puramente españolas, clarísimamente ibéricas son las virtudes de que tiene, sin duda, derecho a envanecerse la doctrina anarquista, ideario por lo que a nosotros toca... tan viejo como España y consubstancial a ella, como la yedra que se adhiere y rodea el tronco, y de su savia vive, desde las propias raíces.

HISPANIUS

DEMOCRACIA, LIBERALISMO, SOCIALISMO, ANARQUISMO

(Conclusión)

VALOR LIBERAL DEL SOCIALISMO

Ahora bien: las asociaciones obreras — que tuvieron como primer resultado la recuperación de los trabajadores como personas — son en la edad moderna obra del impulso socialista. Pero no sólo en esto consiste el valor liberal del socialismo. La socialización (no nacionalización) de la economía es el camino actual de la liberalización del individuo frente a la tiranía a menudo impersonal, pero siempre esclavizadora, de las exigencias económicas. Esta significación liberal del socialismo, sólo presentida en el siglo pasado (cuando el socialismo parecía la traducción teórica natural de las exigencias de la clase obrera en lucha contra la empresa capitalista y el correlativo sistema del salariado), aparece mucho más clara en este siglo, después de la experiencia de los monopolios eco-

nómicos dueños del Estado y mucho más después de los distintos experimentos de capitalismo estatal, que transforman al Estado en un gran empresario monopolista y a la economía en un instrumento de gobierno.

La evolución que ha sufrido el mundo alrededor de nosotros en estos últimos treinta años ha removido en profundidad el contenido — que parecía tan simple en los tiempos heroicos de la Primera Internacional — de la palabra socialismo. Nos movemos en aguas muy turbias que no han sufrido aún el necesario proceso de sedimentación. Pero en este proceso todos nosotros debemos colaborar. Es, una vez más, también un trabajo de vocabulario. Pero las definiciones las da cada vez más exactas y perspicaces, la historia que vivimos. Ella se ha encargado de delimitar el significado de la palabra socialismo y de mostrar la inmensa distancia que media entre socialización y nacionalización.

La causa principal del malentendido fué — en el siglo pasado — el predominio de las tendencias marxistas dentro del movimiento socialista, tendencias que basaban su programa de acción en una interpretación general de la historia, estrechamente vinculada — como por otra parte el liberalismo — con los caracteres de ese especial momento que, con un poco de buena voluntad, podemos extender a todo el siglo XIX, pero que de ninguna manera podría reconocerse en nuestra sociedad de hoy.

Haciendo consistir el objetivo del socialismo en la conquista del poder por la clase obrera e interpretando por lo tanto la socialización como estatización de la economía, el socialismo marxista, tanto en su sector democrático y legalitario, como en su sector revolucionario (que ponía la legalidad entre sus fines y no entre sus medios) tendía a reforzar el Estado, heredando la actitud histórica de la democracia jacobina y alejándose de la democracia liberal. Sus últimas derivaciones estaban destinadas a ser totalitarias, como van a ser totalitarias las últimas derivaciones de la evolución del mundo capitalista, que se injerta en el Estado por otro camino pero con idéntico resultado.

No haber separado bastante netamente al socialismo en general del marxismo, que es sólo una de sus formulaciones, les da un carácter confuso y provisorio a todas las intuiciones de socialismo liberal que se han manifestado, casi todas como resultado de la inversión de valores dentro del desarrollo de la revolución rusa, en estos últimos treinta años.

En los umbrales del período fascista, Piero Gobetti fundaba en Turín una revista, «Revolución liberal», en la que sostenía que las condiciones de un verdadero, de un nuevo liberalismo se encontraban en el movimiento obrero y reconocía en los «consejos de fábrica» los núcleos de la futura sociedad liberal. Había intuido el carácter liberal profundo del socialismo, pero socialismo en aquellos años de los primeros pasos de la Revolución rusa se identificaba fácilmente, especialmente en Turín, con el comunismo bolchevique. Los consejos de fábrica de Turín, que respondían a una profunda exigencia liberal, estaban orientados en gran parte por el movimiento «Ordine Nuovo» del que formaban parte los futuros leaders del Partido Comunista que iba a nacer muy pronto: Granesci y Togliatti, con los que Gobetti estaba ligado. No era fácil para quien no pudiera seguir paso a paso los acontecimientos en todos sus detalles distinguir entre los soviets rusos de la primera época, formaciones espontáneas y por eso mismo orgánicas y libres al mismo tiempo, y los soviets posteriores, órganos de una dictadura centralizada de partido. La continuidad del nombre ocultó — en este terreno como en muchos otros — un largo proceso de contrarrevolución.

EL TOTALITARISMO

Vino después — interrumpiendo la publicación de «Revolución liberal», y la vida de su director — el totalitarismo fascista, definido por uno de sus primeros estudiosos (Luis Fabbri), como contrarrevolución preventiva. Fué, junto con el nazismo, una gigantesca tentativa de la clase dominante por superar la crisis del capitalismo, realizando la transición del Estado capitalista burgués al nuevo tipo de Estado absoluto, dueño de la vida política, de

la cultura y de la economía, sin cambiar, sino parcialmente, los cuadros de la minoría dirigente instalada en la alta Banca y en la gran industria. Esa tentativa fracasó ruidosamente a través de la segunda guerra mundial y se está repitiendo, mucho más lentamente y en forma por ahora menos consciente y trágica, a través del progresivo fortalecimiento político del Estado democrático y de su creciente intervención en el terreno económico, en el que substituye por su ejército de funcionarios, entre los cuales se establecen las nuevas jerarquías privilegiadas, a los decadentes titulares de las «libres empresas».

Tres son las grandes líneas del proceso totalitario; podemos seguir la primera a través de la burocratización del capitalismo en trusts, del apoyo dado por estas formas desarrolladas y ya decadente de capitalismo a tentativas de absolutismo estatal (fenómeno apresurado por la guerra del 14) dando origen al ensayo fascista que, como consecuencia de la crisis radical del sistema capitalista en 1929, absorbió a una parte del gran capital, nacionalizando las pérdidas y transformando a los dueños de la Banca y de la industria en los engranajes privilegiados de una sociedad fuertemente militarizada, ejemplo seguido, en rápida síntesis, por el nazismo alemán. Este proceso desemboca en un fracaso, acaso sólo aparente, con la derrota militar de 1945.

Una segunda línea en este proceso de estructuración totalitaria la encontramos en la contrarrevolución rusa. En Rusia hubo una revolución socialista y un partido marxista que se adueñó de esta revolución, estableciendo su dictadura, llamada impropriamente dictadura del proletariado. El partido y el Estado reconstituyeron rápidamente la clase privilegiada, representada por una complicada jerarquía de funcionarios en cuyas manos se unen el poder político y el control económico del país. Policía, ejército, burocracia estatal, sindical y de partido y el conjunto de los funcionarios técnicos y administrativos de las distintas ramas de la producción y de la distribución sustituyen al capitalismo privado desposeído, como usufructuarios de la explotación que el Estado ejerce sobre las masas humanas económicamente consideradas. Y esta explotación es inseparable de un absolutismo político cada vez más completo y «científico» a medida que nos alejamos del recuerdo de la revolución de 1917, cuyos gestores han sido por otra parte exterminados.

La militarización de la mano de obra, el retorno a la esclavitud con la utilización del trabajo de millones de prisioneros políticos y comunes y deportados, la supresión del pensamiento, del arte y de la ciencia que no sean los oficiales, hacen de Rusia el ejemplo más acabado del totalitarismo. Los caminos han sido distintos; pero el punto de llegada es el mismo hacia el cual tendía el nazifascismo, con la diferencia de que el proceso ruso ha sido más rápido y radical.

Y llegamos a la tercera de estas líneas de desarrollo hacia el totalitarismo. Es la que encontramos estudiada en el libro de Burnham: «La revolución de los directores». Burnham estudia el fenómeno en su panorama mundial e incluye en él también al sistema ruso y al nazista. Pero su análisis es más característico e interesante cuando se refiere a los países capitalistas de occidente en los cuales el desarrollo de la omnipotencia estatal es más lento y menos evidente. Yo no concuerdo con

la interpretación que Burnham da de los hechos, ni con sus previsiones del mundo de mañana. Pero los hechos en sí mismos son reales y ya habían sido estudiados y expuestos varias veces, especialmente en Francia antes de la última guerra. Me refiero al libro de Burnham, porque se ha difundido mucho en América y es fácilmente asequible. La crisis del capitalismo es definitiva, por más que las consecuencias de la guerra retarden su ritmo; una nueva clase dirigente surge, la de los administradores, de los «menagers», que, siendo los que tienen acceso a las fuentes de materias primas y a los centros de producción, y ocupan a la vez una posición preferencial en la distribución de los productos, son los que gozan de las ventajas de la propiedad, sin tener el título jurídico de propietarios. Esta definición que Burnham da de la propiedad real me parece lo mejor que tiene su libro. Es evidente que esta propiedad real se está trasladando de las manos de los capitalistas individualmente considerados a las de esta nueva clase técnico-burocrática en formación. Ahora esta nueva clase está mucho más ligada al Estado, al mundo oficial, que el antiguo capitalismo. Depende del Estado y tiene al Estado en sus manos. Es un fenómeno que se puede observar en el Uruguay donde gravita o se encamina a gravitar en la realidad del país más que las manifestaciones de imperialismo extranjero o de capitalismo local de tipo anticuado. Lo que en el libro de Burnham no es tan claro (Burnham es de formación marxista) es el carácter más político que económico del fenómeno.

NACIONALIZACION Y SOCIALISMO

Los progresos técnicos, al provocar la crisis capitalista de sobreproducción — baja de precios, desocupación, subconsumo — ofrecen la salida natural de la disminución de las horas de trabajo manual y por lo tanto de la disminución de la importancia del factor económico en la vida del hombre. Y la presión de las necesidades básicas inmediatas sobre los individuos es — repito — el más eficaz instrumento de dominio político. No perder la fiscalización de la presión es, consciente o inconscientemente, el objetivo de todo poder. A este deseo — y no al deseo primario de defender la propiedad en sí misma — obedece la oposición al Socialismo, la limitación del progreso técnico orientado hacia un aumento de la producción, el terror a la abundancia de los productos, todo eso que Bevan ha llamado hace poco «miedo a la paz». A este deseo obedece la tendencia de todos los dirigentes, de la industria, de la Banca, de los sindicatos obreros, de los partidos políticos, aun socialistas, a separarse de las masas, a constituirse en una casta a parte, y — en fin — a integrar el Estado. Ya hemos llegado a un punto en que el Estado, aun en el régimen de la libre empresa, pesa muchas veces sobre el trabajo de los productores y el esfuerzo adquisitivo de los consumidores mucho más que los beneficios de los empresarios privados. Las nacionalizaciones pueden ser llamadas por algunos revolucionarias, porque ayudan a morir al capitalismo privado; pero conservan lo esencial de éste último: la explotación como base, no sólo de los privilegios económicos de la burocracia gubernamental, sino también de su predominio político. Son significativas a este propósito las dudas que sobre la bondad del sistema de nacionalizaciones empiezan a cun-

dir en el Partido Laborista inglés, dudas que tienen, en Inglaterra, profundas raíces liberales. He aquí las palabras del laborista Grey Turner en un artículo, publicado en junio de 1952, sobre «Enseñanzas del servicio sanitario nacional»:

«Hemos concebido el plan para la división de los gastos en escala demasiado amplia. Hemos formulado el proyecto sobre base nacional o estatal... En un país de 50 millones de habitantes como Gran Bretaña, el Estado, como unidad administrativa, no es ni económico, ni eficiente... El control centralizado de la inmensa máquina se vuelve demasiado remoto y burocrático... En cambio de un Servicio Sanitario Nacional, hubiera sido más prudente instituir cierto número de Servicios regionales independientes.» (Revista «Il Ponte», Florencia, mayo-junio 1952, p. 563.)

Por otra parte J. J. Marus, en un estudio sobre «Estructura y funcionamiento de las industrias nacionalizadas», aun sosteniendo la eficiencia de las nacionalizaciones con el sistema actual, se hace eco de las inquietudes de la base, especialmente del sector obrero, en el que — dice — es común la idea equivocada pero natural, de que «la nacionalización es sinónimo de participación de los trabajadores en la dirección, o hasta de gestión directa ejercida por los obreros» (socialización); mientras los dirigentes sindicalistas temen que, en un Estado propietario y empresario, los sindicatos pierdan su función autónoma y se vean reducidos, como en U.R.S.S. a instrumentos de gobierno y órganos asistenciales. Los dos problemas fundamentales le parecen: 1) el alcance de la participación obrera en la dirección de las industrias nacionalizadas; 2) la medida en que conviene descentralizar estas industrias, creando, para cada una, entes regionales autónomos. (Idem, 592-94). Por otra parte Donald Chapman en un artículo sobre «La futura política interior del laborismo» (idem p. 797), cita abundantemente el primero de los Nuevos Ensayos de Crossmann, quien plantea la exigencia de «evitar una concentración indeseable de fuerza en manos de los técnicos y una demasiado escasa participación individual de los trabajadores» (idem 803) y concluye: «El principio de la distribución del poder está reclamando la atención».

A pesar de estas preocupaciones, el poder de los ministros sobre los entes nacionalizados es mayor que el que ejercían sobre los escasos entes públicos anteriores a la guerra (idem, p. 778, con bibliografía), lo que indica cuáles son las tendencias de la economía estatal aun en un país de fuerte tradición liberal.

En el mundo democrático occidental, el totalitarismo es aún un peligro cronológicamente remoto, pero no por eso menos amenazador.

¿Cómo podríamos, pues, definir al totalitarismo? Es la identificación de la opresión política y de la explotación económica de las grandes masas humanas esclavizadas, en manos de un Estado absoluto y fuertemente centralizado, basado en una casta jerarquizada de funcionarios (económicamente privilegiados y políticamente participes — según su jerarquía — de las funciones de dirección). Esta casta comprende toda la burocracia gubernamental en sus distintas ramas, incluyendo a los técnicos y organizadores de la producción y distribución, la policía, el ejército y, con el tiempo, sin duda, el clero. (El totalitarismo necesita de la religión y le teme como rival; toda Iglesia constituida tiene aspiraciones teocráticas y la teocracia es la forma

más perfecta del totalitarismo. Las Iglesias constituidas pueden llegar a ser tanto instrumentos, como terribles rivales para los distintos tipos de totalitarismo, sin que se pueda excluir que intenten y consigan en algunos países transformarse ellas mismas en teocracias totalitarias).

Hace veinte años que el socialismo tiene ante sí a este enemigo nuevo y no se ha pertrechado para combatirlo, adormecido por la ilusión de triunfar cómodamente sobre los escombros de la vieja sociedad en ruinas. Toda la pólvora se ha gastado contra el capitalismo privado o — en la última época — contra su forma circunstancialmente nacionalista: el imperialismo, cuyo auge corresponde al período de la guerra 14-18.

MALENTENDIDOS EN LA LUCHA ANTITOTALITARIA

La complicación de estas tres líneas de desarrollo del proceso totalitario ha enturbiado en estos últimos treinta años la visión clara de los problemas, dando origen a muchos malentendidos. Donde el totalitarismo ha triunfado en primer término, ha transformado profundamente y unilateralmente el vocabulario (para Alemania, ver Cassirer: El mito del Estado), desfigurando el planteo de los problemas; en segundo término ha impedido que las experiencias de un país se conocieran en los otros, imponiendo una versión oficial — de la que no hay manera de escapar más que por la fantasía — de la historia contemporánea; en tercer término, en su esfuerzo por aborregar a las inteligencias individuales fundiéndolas en la masa, las ha obligado a un trabajo de investigación estrictamente solitario y personal, privado del beneficio del intercambio espiritual, de la discusión, de la utilización de los resultados adquiridos. (Toda tendencia a crear estos tres fenómenos es tendencia totalitaria).

Esta realidad, que en algunos países ha sido excesivamente larga y en otros dura aún, no ha interrumpido la historia del pensamiento humano, sino que ha creado fracturas, repeticiones, desorden, incompreensión.

En el problema que nos ocupa, sería interesante a este respecto (para transmitir una experiencia que conozco directamente) comparar el desarrollo del pensamiento de los italianos que pasaron en el destierro — en países de relativa libertad — los veinte años de dominación fascista en Italia, y lo que dijeron y publicaron en 1945 sus compatriotas que habían vivido más directamente en el interior la experiencia totalitaria, pero desconocían casi totalmente el camino recorrido por otros países a partir de 1922. Las exigencias de un socialismo liberal se hacen sentir en los dos campos, pero, mientras entre los desterrados ellas son en general una consecuencia del fracaso de la experiencia socialista dictatorial en Rusia (ej. el socialismo de Silone y el libro «Socialismo liberal» de Carlo Rosselli), entre los escritores formados en atmósfera fascista, llevados por sus aspiraciones de justicia social hacia el socialismo y por su antitotalitarismo hacia la libertad, se produjo el curioso fenómeno de la afluencia al P. C., un poco por la herencia de las doctrinas que P. Gobetti sostenía en 1922 y otro poco por influencia de la propaganda oficial del régimen fascista que presentaba al comunismo staliniano como su única antítesis, con un procedimiento abundantemente imitado después por las corrientes conservadoras en todo el mundo.

El impulso que los había llevado al P. C. había sido — según uno de ellos que reconoció luego su error — esencialmente liberal.

«La experiencia que ellos (los intelectuales italianos que se acercaron al comunismo) tenían de un capitalismo sin liberalismo los hacía razonar como los campesinos y obreros del sur de Italia y de los países semif feudales en general... que aspiran a un liberalismo sin capitalismo. Y así acontece hoy que aquellos campesinos y obreros lleven el agua de sus aspiración al molino comunista» (Elio Vittorini: «Los caminos de los ex-comunistas» en el diario «La Stampa» de Turín del 6 de septiembre de 1951).

Este es un ejemplo de la tentativa difusa de encontrar un entronque entre liberalismo y socialismo; otros ejemplos podrían ser los laboristas ingleses que, entre las dos guerras, formaron un grupo a parte con el nombre de «laborismo independiente», el movimiento «Socialismo y Libertad» del diputado socialista francés Marcel Pivert, las tendencias llamadas «personalistas» de Aaron y Daudieu cuyo libro «Révolution nécessaire» comentaba hace bastantes años (entre las dos guerras) el Prof. Benvenuto en el Ateneo de Montevideo... Pero ninguno de estos movimientos cuajó en una corriente orgánica. No hablo de fracasos prácticos, ya que nunca como hoy fué tan difícil marcar el límite entre la derrota y la victoria, sino de la incapacidad para una visión total y autónoma de los problemas. El hecho de que estos distintos movimientos se hayan reincorporado a los partidos tradicionales (laborismo, socialismo...) indica que aún conservaban en el fondo el molde de estos partidos, es decir, concebían la lucha social en términos de «conquista del poder». En efecto, el problema del Estado no ha sido planteado por ellos ni siquiera con la claridad con que lo formulaba el viejo liberalismo. Justicia social y libertad siguieron siendo concebidos como dos términos en el fondo antitéticos, a los que hay que conciliar con esfuerzo y no como aspectos inseparables de una misma realidad.

UBICACION ACTUAL DEL ANARQUISMO

Y aquí hay que buscar, a mi modo de ver, el lugar actual del anarquismo, concebido como rama del socialismo: se define a sí mismo como socialismo libertario y no liberal, porque esta última palabra está cargada para él de mucha inaceptable historia, pero es indudablemente el heredero, dentro del campo socialista, de la larga tradición liberal.

Aunque dentro del anarquismo no es muy común (o no lo ha sido hasta hace poco) la valoración de este adjetivo «liberal» que la influencia marxista sobre todos los movimientos de izquierda ha transformado en un término despreciativo, es interesante recordar como ya en 1923 un anarquista italiano, Camilo Berneri, lo reivindicaba para el anarquismo. En efecto, en ese entonces le dirigía a Piero Gobetti, que — como vimos — consideraba al movimiento obrero como el realizador del nuevo liberalismo, una carta, publicada en el número del 24 de abril de 1923 de «Revolución liberal», en la que afirmaba la necesidad de emprender una serie de estudios sobre la historia del liberalismo económico en el socialismo, que hubieran conducido, según él, a la comprobación de que,

en la I Internacional, los anarquistas han sido los «liberales del socialismo», y agregaba: «en su función de crítica y oposición al comunismo autoritario y centralizador, aún siguen siendo tales» (reproducida en el número del 30 de septiembre de 1951 de «Volontà» de Nápoles). Pero él se preocupaba esencialmente del aspecto económico del problema (colectivismo de Bakunin versus comunismo de Marx). El carácter liberal del anarquismo en sentido más amplio me parece que se ve mucho mejor hoy, a la luz de la experiencia totalitaria (aunque Max Nettlau lo analizó claramente ya hace muchos años en un artículo publicado —creo— en la «Revista Blanca»).

Nacido, independientemente del socialismo, con Godwin en Inglaterra y Proudhon en Francia, el anarquismo ha visto desde el principio el carácter esencialmente político del privilegio económico y ha reconocido en las distintas posibilidades de estructuración igualitaria de la economía que ofrece el socialismo, un medio de liberación de la persona humana, oprimida tanto por sus necesidades materiales insatisfechas, o satisfechas a precio de abdicación, como por las limitaciones a su libertad política: mutualismo, colectivismo, comunismo, cooperativismo, sindicalismo, (la gestión de la economía a los sindicatos) fueron todas corrientes vivas dentro del socialismo anarquista,

que tiende cada vez más a cierto eclecticismo en este terreno, basándose en el carácter mixto y experimental que tiene toda sociedad amplia y complicada, en que no se quiera imponer dictatorialmente un sistema único. La experiencia española de los años 1936-39, con sus éxitos y sus fracasos, frente a la experiencia rusa, ha sido una lección valiosa en el sentido de la revalorización —dentro de una economía socializada—, de la más amplia autonomía de los individuos y de los organismos de base. En terreno socialista y contra las tendencias totalitarias, el anarquismo vuelve a presentar las exigencias que el viejo liberalismo presentaba contra la democracia jacobina por un lado y contra el absolutismo monárquico por otro. Esencialmente estas exigencias consisten en un retorno a la realidad concreta constituida por la persona individual y su espera de acción: la colectividad local, en la que convergen todas las actividades geográficamente consideradas, y una multiplicidad de organismos funcionales no necesariamente locales, basados en intereses materiales (trabajo, consumo, sanidad, etc., culturales y éticos. Esto sin rehuir la organización, por vasta que sea, aún en escala mundial, pero basándola en vínculos federativos, de coordinación y no de subordinación.

Luce FABBRI

El infierno verde

Paludismo o malaria



EN la primera época de mis estudios profesionales, encontrándome en París, me encariné con la lectura de la historia de las doctrinas médicas, dedicándoles todo el tiempo disponible. Después, ante las amarguras de la práctica diaria, en que el médico anarquista no aquilata el valor del dinero sino el bien que hace a los enfermos, fui abandonando el estudio de aquellas doctrinas, preocupado por las necesidades del momento.

En aquella época, estudiando la doctrina vitalista cuyo autor es Sthal, médico y químico del siglo XVII, encontré en los escritos del sabio alemán una frase que nunca he olvidado y que dice así: «Las enfermedades son castigos».

He conocido a personas que leyeron superficialmente «El Paraíso Perdido» de Milton, y lo consideraron como un poema religioso, acabando por cerrar el libro. Esa obra inmortal, una de las más grandes que ha concebido el espíritu humano en el cerebro poderoso de un hombre extraordinario, era

el encanto de Salvochea en las horas negras del presidio, y hasta llegó a traducirlo, siendo lamentable que se haya perdido el manuscrito. No es un poema religioso, como puede creerse equivocadamente, sino un canto a la rebelión, simbolizada en Satanás, el protagonista de la obra. Tengo por costumbre en esta trágica selva, antes de dormirme, leer unas páginas del poema, y las imágenes excelsas de Milton y Salvochea acompañan mi sueño.

La equivocación que algunos tienen con «El Paraíso Perdido», la tuve yo al leer la frase de Sthal, que la consideré como de un sabor religioso. Dios castiga a los hombres por sus pecados y les manda toda clase de enfermedades. Leyendo nuevamente Sthal con más atención, comprendí que no era ese el significado verdadero que quería darle su autor. Su frase hay que interpretarla así: «Las enfermedades son las consecuencias del vivir disparatado de los hombres, que desde que nacen hasta que mueren no dejan de labrar su propia sepultura».

En efecto, si los hombres vivieran de una manera razonable, es decir, de acuerdo con el sentido común, y sin convertirse los unos en tormento de los otros,

dicha a un ser adicto es para nosotros la palabra «proletario». Como la democracia, substituí al desarrollo revolucionario la frase de ¡la revolución!

En desarrollo lento, con energía y paciencia enormes, Marx había pasado al convencimiento que ya se presentía en aquella frase formulada en 1843: «Cuando al correr del tiempo los acontecimientos permitan más, recobrase a la humanidad pensante, y recogerse a la humanidad doliente, tanto más perfecto vendrá al mundo el producto que la presente lleva en su seno». Y con este conocimiento y experiencia en la sangre, le encontramos cuando fué elegido para el Comité en 1864.

Fué él quien recibió el encargo de proyectar el programa y estatutos de una sociedad internacional de los obreros. Marx los elaboró tan concienzudamente, que fueron aceptados con un voto unánime por el Comité, y fueron presentados al primer Congreso de la «Asociación Internacional de los Trabajadores», como se llamó la nueva alianza en el año 1866 en Ginebra.

* * *

I Congreso de la Internacional (Ginebra 3-8 septiembre de 1866)

Cuando Marx elaboró los estatutos de la Asociación Internacional obrera, obró teniendo en cuenta, no solamente los menesteres reales del proletariado, sino también respetando cuidadosamente sus exigencias actuales y su capacidad revolucionaria. La cual, opuestamente a Bakunin, nunca estimó muy grande. Cuando escribió las consideraciones generales para los estatutos, no habló como uno que mira al proletariado de afuera sino como quien está completamente adentro. El era una especie de espejo histórico que recoge todos los rayos en sí mismo, los concentra y proyecta al exterior. Las exigencias que formuló no eran sus más caros deseos, sino la expresión del potencial posible del proletariado de los diferentes países. Marx hablaba en el programa como intelecto técnico de la masa proletaria, y no como individuo. Tan revolucionaria como era la causa en el programa, —y en su espíritu— tan reformatoria y sin dogmas tuvo que ser en las exigencias particulares. Era necesario hallar la base para la acción internacional de la clase obrera, un fundamento donde pudieran colaborar juntos los partidarios alemanes de Lassalle, los proudhonistas franceses y los sindicalistas ingleses. Las cuestiones del derecho electoral de la generalidad, de la república, etc. tuvieron que abandonarse a las organizaciones obreras nacionales, pues ellas tenían una importancia muy diferente para los obreros alemanes e ingleses como para los obreros franceses y rusos. La fraternidad en la colaboración internacional es exigida como condición primaria de la liberación. El programa no contiene ninguna demanda de socialización de los medios de producción, pues en aquel tiempo hubiese sido imposible lograr una entente sobre este punto. La emancipación económica de la clase obrera fué representada como el gran final, al que cada movimiento político tiene que servir como instrumento.

Como Engels «injuriará a los suizos que luchan por su libertad contra la casa de Habsburgo»; les acusa de reaccionarios puesto que la historia universal exige la centralización, mientras que ellos combaten por el federalismo y la libertad. No tiene afanes despóticos, mas sabe que la lección histórica impone la autoridad, y él es un servidor fiel de la verdad en este mundo. Lo que le ha enviado al mundo y esta creencia esencial del vivir en Hegel, le insufla fuerza y tenacidad para vencer a todos sus adversarios y aniquilar los falsos profetas. La humanidad tiene que caminar por la senda regular que marca la historia mundial; aceptar sus desaciertos como contribuir a su bien. Estas ideas tienen algo de cristiano ascético —para hablar a lo Nietzsche— en comparación con las del ruso pagano y salvaje llamado Miguel Bakunin. Y de su contraste podemos explicarnos inequívocadamente, la oposición pronunciada de ambos.

En los albores de su personalidad, Bakunin también fué adicto a Hegel. Pero como veremos más tarde, por otras razones y de manera muy diferente. Además en el curso del tiempo, el hegelianismo se hundió en el fondo de su carácter. Las leyes de la historia fueron aceptadas por él siempre y cuando se adaptaran a su carácter. Pero si la regularidad de la naturaleza se opuso a su voluntad libertaria, su naturaleza de Prometeo se abrió paso. ¡Esa naturaleza que no admitía sobre sí ningún dios, aunque los dioses se denominaron leyes de la vida!

No pudo ser víctima de una convicción científica como Marx, para quien la ciencia era una señora muy dura a la que sacrificó su vida, musa siempre severa, haciéndose inexorable consigo mismo y con todos los que no obraban de acuerdo con las leyes, permaneciendo ciegos enfrente del curso inmutable del desarrollo histórico.

Para el desenvolvimiento de Marx y para su aproximación a la realidad, fué muy importante la amistad que mantuvo con Bauer, el que en esa época entabló un agrio combate con la ortodoxia religiosa pugnando por la libertad del pensamiento, y contra la arrogancia de la iglesia. Al lado de Bauer y Koeppen, Marx fué intrincado en las luchas reales de este tiempo. «En las armas teóricas trabajó también con ellos, en la filosofía de la confianza en sí mismo». Y él derivó así entre los precampeones de la burguesía de izquierda. «Representó las demandas de la libertad de prensa y de la representación del pueblo iluminando y sublevando», como colaborador y más tarde redactor de la «Rheinischen Zeitung» (1848). En esta época la agitación del comunista Weitling levantaba mucha polvareda y como redactor que era, Marx tuvo que tomar posición enfrente de él y del comunismo en general. Como posteriormente transcribiremos, las declaraciones que Bakunin formulara en la misma época es muy interesante conocer también la posición de Marx. Meyring dice sobre este aspecto: «Marx hizo lo mejor y lo más sincero de lo que pudo hacer en aquellas circunstancias; confesando abiertamente que la «Reinische Zeitung» no tiene todavía ningún

juicio acerca de las ideas comunistas puesto que no las ha examinado muy a fondo». Así Marx entró muy temprano (joven, alrededor de los 20 años) en la vida práctica y llevado más y más al estudio del ambiente que le rodea y de su propia actividad, fué arrancado de la ideología pura. El punto central del ataque para ejercer sus facultades intelectuales es lo que contribuye más a influenciarle, y no la cristalización plástica de lo humano general. En su época renana, Marx hizo conocimiento de la obra de Proudhon «Contra la propiedad»; esta obra ha sido, según Mehring, «una especie de iluminación para Marx».

A consecuencia de la censura, Marx abandonó en 1943 la «Rheinische Zeitung». Dada la premura de la suspensión, le fué anulada la posibilidad de una actividad pública. Va a París, donde publica junto con el joven hegeliano alemán Ruge una revista, «Deutsch-französische Jahrbücher». Era la continuación de otra revista de Ruge (Deutsche Jahrbücher). Hasta ahora, Marx no ha llegado hasta el extremo de decir que el proletariado es la única palanca para expandir la cultura, y él desea luchar por la emancipación del hombre. Educado en filosofía identifica los intereses de la inteligencia con los del pueblo (una posición que Bakunin mantuvo durante toda su vida) y al mismo tiempo Marx se aproxima más y más a la concepción que todas las apariciones espirituales derivan de las necesidades reales de los hombres. Y poco a poco estas necesidades le aparecen con un contenido puramente económico. Llega a la concepción de que la causa material representa el lugar de nacimiento de todos los problemas de la historia. Así que para él, la religión no es nada más que la expresión de estas relaciones. Por eso que ella, solamente puede ser eliminada por un cambio de estas condiciones y no por propaganda del ateísmo. Si al principio Marx había marchado enlazando las cuestiones religiosas y políticas, ellas se convirtieron paulatinamente en cuestiones económicas. Los problemas políticos y religiosos llegan a ser asuntos dependiendo de las esferas económicas del ser social. Y como considera las necesidades «radicales» como las únicas capaces de hacer una revolución radical de la sociedad, empieza a considerar el proletariado como la clase a quien incumbe la tarea de conseguir la emancipación humana. Este es el resultado de la filosofía alemana. Antes del comienzo de sus estudios económicos ya llega al resultado que el desarrollo del proletariado acarreará la liquidación del mismo. A fin de acelerar el movimiento, la única realidad que aún puede interesarle es el proletariado, pues «la filosofía puede ser realizada sin liquidación del proletariado».

Vemos como Marx entra en la tercera fase de su desarrollo. En esta, ya trae formado un método de pensar, un pensamiento formal y raro. Al igual que su pensamiento, es un pensamiento histórico, no mira al hombre como individuo, sino como elemento de la masa. Lo nuevo de esta tercera fase es el descubrimiento de la producción del grosero materialismo como raíz de los procesos psicológicos. Antes el pensamiento de

mo en la crítica de la religión de Feurbach, nuestro fin puede existir en algo más que en aportar las cuestiones religiosas y políticas a una forma humana del orgullo. Nuestro lema tiene que ser reforma de la consciencia. No por dogmas, sino por análisis de la consciencia mística, e inconsciente sobre sí misma, sea religiosa, sea política. Entonces resultará que el mundo está desde largo tiempo en el sueño de una razón de la que tiene que conseguir el conocimiento para poseerla de verdad. Resultará que no se trata de una grande ligazón entre pasado y futuro, sino solamente llevar a efecto las ideas del pasado. Resultará, al fin, que la humanidad no comienza ningún nuevo trabajo, si previamente no ha terminado el viejo.»

En una palabra, así podemos explicar la tendencia de nuestro periódico: Auto-explicación (filosofía crítica) de la época sobre sus luchas y deseos. Esto es, un trabajo para el mundo y para nosotros. El triunfo es solamente la obra de las fuerzas unidas. Se trata de una confesión, pero nada más. Para perdonarse sus pecados, la humanidad necesita declarárselos representándose lo que son en realidad.

* * *

Cuando en 1844 Marx llegó a París, era ya «marxista», y todo su interés se concentró en el proletariado. Aquí pasamos por alto la vida exterior de Marx y tocamos solamente los puntos de su desarrollo psicológico con importancia para la posición que más tarde le enfrentó con Bakunin. Ante todo, a eso pertenece su estudio profundo en economía y sus experiencias en las revoluciones de 1848-49.

El manifiesto comunista puede ser mirado como fin que antecede al desarrollo de Marx; máxime que en consideración por nosotros viene al mundo con la reducción ideológica resultante de los movimientos de 1848-49. En flagrante contradicción con Bakunin, Marx, después de esta época no creyó en la posibilidad de una próxima revolución. Marx había puesto grandes esperanzas en la revolución de 1848; se había hecho ilusiones exageradas sobre la fuerza del proletariado, con el que y para el que luchó en el periódico «Rheinische Zeitung», y hasta el verano de 1850 no quiso creer en la derrota terrible y el fin definitivo del movimiento. Pero, exactamente en este tiempo, sus estudios sobre las causas económicas del enigma le habían llevado tan lejos, que adquirió la convicción de que la contrarrevolución había alejado la revolución y por lo tanto era una obligación decirse a los obreros. «Teneis que vivir 15, 20, 50 años de guerras civiles y combates internacionales, no solamente por cambiar las circunstancias, sino también por modificarlos y hacer capaz el trabajo político.» Y dirigido a sus adversarios, en el «Kommunistenbund» añade: «Vosotros afirmáis en contra: Tenemos que llegar al poder inmediatamente; luego podemos ir a descansar. Mientras que indicamos, especialmente al obrero alemán, la forma poco desarrollada del proletariado alemán, linsonjeáis muy groseramente el sentimiento nacional y la prevención de casta de los artesanos alemanes, lo que, naturalmente, es más popular. Igual que para los demócratas la palabra «pueblo» es

que tratamos de hallar el mundo nuevo con la crítica del viejo. Hasta ahora los filósofos habían colocado sobre la mesa el desenlace de todos los enigmas, y el mundo tonto y cómodo tuvo que abrir solamente la boca a fin de que las palomas fritas le volaran al hocico. La filosofía se ha hecho secular y el testimonio más exacto es que el conocimiento filosófico ha sido arrojado dentro del horno de la lucha, no tan sólo exteriormente, sino también interiormente. Si la construcción del futuro y la perfección del mañana no representan nuestra tarea primordial, aparece claro lo que tenemos que hacer en este momento. Estimo la crítica sin consideración de lo que existe; sin consideración, tanto en el sentido que la crítica no se asusta ante sus resultados, como ante el conflicto con los poderes existentes.

«Por esto no soy de la opinión de levantar una bandera dogmática, al contrario. Tenemos que ayudar a los dogmáticos para que aclaren sus dogmas. Así el comunismo es ante todo una abstracción dogmática. Porque yo no pienso en un comunismo imaginario y posible, sino en el comunismo verdaderamente existente, como Cabet, Dezamy, Weitling, etc.: lo predicán. Este comunismo representa solamente una aparición particular inficionada por sus contrastes del ser particular y del principio humanista. Eliminación de la propiedad particular y comunismo, no son de ninguna manera términos idénticos; y el comunismo ha visto desarrollarse otras doctrinas socialistas como las de Fourier, Proudhon, etc., no por casualidad, sino necesariamente, porque representan una realización especial y parcial del principio socialista.

«Y de la totalidad del principio socialista no es un lado el que abarca la realidad del verdadero ser humano. Tenemos que preocuparnos también del otro lado, de la existencia teórica de hombre, quiero decir, criticar religiones, ciencia, etc. Además queremos influenciar a nuestros contemporáneos, y singularmente, a nuestros contemporáneos alemanes. La cuestión es, ¿cómo hacerlo? Dos factores diferentes no dejan de negarse. Una vez la religión y otra la política, representan los objetos que forman actualmente el interés principal de la Alemania actual. Tenemos que enlazar estos objetos tal y como se presentan y no debemos oponerles sistemas que son «viajes a Icaria.»

«No existe ningún obstáculo que se oponga a unir nuestra política con una participación en la política, quiero decir en luchas reales y a identificarnos con ellas. Entonces entramos en el mundo con un nuevo principio doctrinario. ¡Esta es la verdad y aquí me postro! Demostramos al mundo los nuevos principios derivados de los fundamentos del mundo. No le decimos: Deja tus luchas, que son tonterías. Queremos inculcarte la verdad de nuestra lucha. Le demostraremos por qué está luchando en realidad, y el conocimiento de una cosa que tienes que aceptar aunque no quieras».

«La reforma de la creencia consiste en que aportamos al mundo un conocimiento propio; que lo despertamos del sueño en que se mecía, que le declaramos sus propias acciones. Y co-

Marx era puramente mecánico, pero ahora comienza a ser influenciado por su actividad práctica y por la teoría de Feuerbach: la causa de todos los procesos psicológicos es la necesidad material y más especialmente el modo de producción en la sociedad. Aún conserva la opinión de que las derivaciones psicológicas toman su desarrollo de manera dialéctica, pero poco a poco, detrás de la causa psicológica, ve la material. En un principio existen solamente compenetración entre ambos; el aspecto material es considerado todavía como una parte del todo. Más tarde el lado psicológico llega a ser una «superproducción exclusivamente de lo material».

La base material misma —y en esto reside lo original del concepto de Marx— recibe proyectada la misma evolución dialéctica que Carlos Marx, debido a Hegel, descubre en la fuente psicológica. Transporta a priori las leyes del descubrimiento psicológico al modo de producir; y eso, mucho antes que haya estudiado el desarrollo del mismo en sus particularidades. Dicho en paradoja: es marxista antes de abrir un libro de economía política. Visto el aspecto psicológico de los procesos, introduce simplemente las leyes, en la órbita de lo material. Y así cuando estudia la economía, la encierra en su forma fija de pensar. Junto a las experiencias en la actividad periodística-política, Feuerbach ha contribuido mucho a esa formación. Aquí es también muy interesante llamar la atención del lector sobre la impresión completamente opuesta de Feuerbach en Marx y Bakunin. Marx toma de Feuerbach el parecer del lado grosero-sensual que localiza en el hombre, mientras que Bakunin es impresionado ante todo por el humanismo de Feuerbach, por esta idea del individuo como «Art-Wesen» (Generoso). En esta fase de su desarrollo para Marx el proletariado avanza como fuerza revolucionaria de primera línea, para convertirse finalmente, según sus cálculos, en la única fuerza revolucionaria.

La importancia sobresaliente que Marx da a la causa dialéctica-evolucionista en las determinaciones de la superproducción psicológica, tiene que conducir a una concepción diferente de la de Bakunin sobre el grado de la eficiencia y sobre la manera de la propaganda. Las cartas de Marx y Bakunin en las «Deutsch-Französischen Jahrbüchern», reproducidas por nosotros, representan un argumento muy típico. Marx es en la propaganda un psicoanalítico económico, mientras que Bakunin quiso, ante todo, la sugestión. Marx deseó una reforma del conocimiento por análisis; Bakunin, por ese diablo que llevaba en sí, quiso entusiasmar por la representación del ideal de la libertad, por excitación. Así en 1843, Marx recusa con energía la propaganda sistemática de la futura sociedad, subrayando la importancia de un trabajo lento pero sólido, que arroje luz, que critique el mundo viejo dejando surgir mediante esta crítica los gérmenes de un nuevo mundo creado por el proletariado. Salta a la vista, la lentitud del tiempo y predominio del proceso intelectual, enfrente del rápido avance según la concepción de Bakunin, con su urgencia de acción. En las fases que siguen y no en la fase descrita an-

teriormente, Marx no ha llegado todavía a su punto final. En el concepto paralelo entre lo material y lo espiritual, se inclina ya fuertemente a una histórica-materialista, y en su consecuencia, ve paralelamente la acentuación de las masas humanas pensantes y sufrientes como fuerza revolucionaria. La posición exclusiva de la historia material y proletaria combate aún con la del «socialista verdadero». Y por esta vacilación, Marx protesta con ímpetu contra toda concepción dogmática. Su propio dogma está aún en el estadio de la hipótesis. Sus ojos interiores solamente ven los contornos. Todavía no ha encontrado todos los elementos de su propio ser y del ambiente para sí mismo. Seguramente que este escepticismo tiene su origen en el hecho de ser considerado como un instrumento eficaz del combate emprendido para destruir todos los dogmas existentes antes de la hipótesis de Marx y para dejar expedita su hipótesis. Por darle viabilidad y por juntar y cristalizar alrededor de sí todo lo que la crítica ha desmenuzado del viejo mundo. Pero **grosso modo** es el Marx de estas cartas, con las concepciones generales y más importantes del mismo, al que encontramos en la época de la fundación de la Internacional.

Continuamos los resúmenes de las cartas.

En esa correspondencia de Marx, se demuestra de manera contundente lo positivo de su carácter, su ideal del hombre como ser espiritual en contraste con el filisteo y zafio. Pero se demuestra también el punto de partida de su desarrollo y de su intención, su curiosidad por la existencia teórica del hombre, un afán que no tuvo más tarde razón de existencia, cuando se había identificado por entero con los intereses del proletariado.

«Es verdad que el mundo viejo pertenece al filisteo. Pero no tenemos licencia para tratarle como un espantajo del que uno se aparta con miedo. Al contrario, tenemos que observarle exactamente. Se gana más en estudiar a este señor del mundo.

«Señor del mundo»; esto es lo que lo roe como los gusanos a un cadáver. La sociedad de estos señores necesita esclavos, y los amos de los esclavos no tienen necesidad de ser libres. Si en consecuencia de su propiedad en tierra y gente, son llamados señores en un sentido eminente, no obstante siguen siendo tan filisteos como sus esclavos. Como hombres, éstos serían seres espirituales, libres, republicanos. Ninguno de ambos quiere ser filisteo. ¿Qué les sobra o que les falta para querer y ser?

«Lo que quieren, vivir y procrearse (más, dice Goethe, nadie lo logra), esto también lo quiere el animal. Quizá un político alemán hubiera continuado que el hombre sabe también lo que quiere, y eso que el alemán es tan prudente que no quiere nada más. La confianza del hombre en sí mismo, esto es, la libertad, debería evocarse de nuevo en el pecho de estos hombres. Solamente que este sentimiento, desaparecido con los griegos fuera del mundo, y perdido en la niebla azul del cielo, al advenimiento del cristianismo, puede hacer nueva-

mente de la sociedad una comunidad de hombres sometidos por los recientes ideales: un Estado democrático.

«En pugna con los que no se sienten como tales, los hombres crecen bajo sus señores como una cría de esclavos o de caballos. Los señores innatos representan el fin de toda esta sociedad. Este mundo les pertenece. Y ellos se apoderan de él como de algo propio. Se yerguen allí donde se encuentran y toman para sí mismos, el lugar que sus pies hollan, incluso sobre las nucas de los animales políticos, que, ¡ay!, no conocen otra determinación que de serles «sumisos, graciosos y siempre presentes».

«La fauna política es el mundo de los filisteos, y si tenemos que reconocer su existencia, no nos queda más que dar razón al statu-quo. Siglos bárbaros le han fecundado y formado y ahora existe como un sistema consecuente, cuyo principio es un mundo encrudecido.

«Llamo su atención al hecho de que con una sola palabra, los enemigos de los filisteos, todos los hombres que piensan y sufren, han llegado a un acuerdo. Antes les faltaban los medios de obrar, más ahora el sistema pasivo de la propagación está alistando cada día más reclutas para servir a la nueva humanidad. El sistema de la industria y del comercio, de la propiedad y de la explotación de los hombres, lleva mucho más rápidamente que el aumento de población, a la quiebra de la sociedad actual. El sistema viejo no puede curar porque no cura y crea, sino solamente existe y goza. La existencia de la humanidad doliente y de la humanidad pensante, de los oprimidos, tiene que ser necesariamente ingutable e indigestible para la fauna del goce pasivo y sin meditación que son los filisteos.

«Por nuestra parte, creemos que el mundo viejo periclitase a la luz del día y tiene que dar nacimiento a otro completamente positivo. Cuanto más permitan los acontecimientos al correr del tiempo, recobrar a la humanidad pensante y recoger a la humanidad doliente, tanto más perfecto vendrá al mundo el producto que el presente lleva en su seno.

«En Alemania todo es exprimido con violencia; con una verdadera anarquía del espíritu reina el régimen de la estupidez. Hasta Zurich obedece las órdenes de Berlín. Así aparece cada vez más claro que ha de señalarse un nuevo lugar que sirva de cobijo a los cerebros verdaderamente pensantes e independientes. Estoy convencido que nuestro proyecto correspondería a un real interés; y las verdaderas necesidades tienen que ser cumplidas. No dudo en el éxito de la empresa si se comienza de una vez con seriedad.

«Las dificultades interiores aparecen todavía como un obstáculo mayor que los estorbos exteriores. Pues aunque ninguna duda reina sobre lo «de donde», existe gran confusión sobre lo «adonde». Los reformadores se debaten entre una anarquía general; cada uno tiene que confesarse a sí mismo que no tiene ninguna impresión exacta de lo que tiene que llegar a ser. Pero ahí reside precisamente la preferencia de la nueva dirección: que no anticipamos dogmáticamente, sino

se verían entonces libres de muchas de las enfermedades que les agobian, y sobre todo de las llamadas enfermedades sociales, como la tuberculosis, la sífilis y el alcoholismo. Así llegarían a la vejez, después de una existencia llena de satisfacciones por el deber cumplido y un nuevo instinto nacería en ellos, el instinto de la muerte como renovación de lo caduco por nuevas formas de vida. Si las enfermedades que los azotan son el fruto de una mala conducta, claro está que al entrar en un período de guerra, es decir, al agudizarse su locura, las enfermedades aumentan en número y en intensidad, y no hay órgano ni función que no sufran las peores consecuencias.

El asunto que nos ocupa hoy, el paludismo, uno de los mayores azotes de la humanidad, porque ocasiona todos los años, según cálculos oficiales, unos 500 millones de atacados, con 8 o 10 millones de defunciones, ilustra, cual ninguna otra calamidad social, la interpretación verdadera de la frase de Sthai: «Las enfermedades son las consecuencias del mal vivir de los hombres».

El paludismo ha sido, desde tiempo inmemorial, uno de los mayores azotes de los hombres que viven en una amplísima faja central del planeta. Lejos de combatirlo formalmente, los hombres con sus desatinos, devastando fértiles territorios con las guerras y haciendo huir a sus habitantes, han facilitado su desarrollo y difusión. El monstruo amantado en su seno ha sido una amenaza constante para ellos, destruyéndolos por millones, oponiéndose a la marcha del progreso, y siendo un obstáculo para el aprovechamiento de las riquezas naturales.

En los períodos más florecientes de la vida de los pueblos, el mal vivir de los hombres acababa por destruir lo que el trabajo de los humildes había edificado, y se entraba en plena decadencia; y entonces el paludismo cobraba pujanza y barria implacable lo que quedaba. En consecuencia, la ruína y la muerte aparecían como señoras de aquellos dominios. En no pocas ocasiones el paludismo se ha interpuesto entre dos ejércitos combatientes, dando tajos a diestra y siniestra, y ha triunfado de vencidos y vencedores, colocando su trono sobre aquel campo de muerte.

Vosotros, ¡oh, hombres!, habéis sembrado la tierra de infortunios y, por lo tanto, habéis recogido los frutos amargos del mal, uno de los peores, como veremos, el paludismo.

En el mundo antiguo, los chinos, hindúes, egipcios, griegos y romanos, dejaron datos que atestiguan sus conocimientos y temores de esta plaga. Los diferentes tipos de paludismo y los síntomas que presentan ya pueden leerse en las obras de Hipócrates, Celso, Galeno, Yao Ling y en los médicos árabes de la Edad Media. Los primitivos pobladores de la región mediterránea, de buena parte del lejano Oriente y del Continente Negro, hace más de 2.000 años, ya sufrieron las calamidades del paludismo, como demuestran los datos recogidos.

Hagamos un rápido recorrido en el tiempo y en el espacio y nos daremos cuenta de la magnitud del desastre.

En Grecia, en la Edad de Oro, siglos X y IV antes de Cristo, Atenas era la capital intelectual y artística del mundo antiguo. El declive de tanta gran-

deza comenzó con una serie de guerras contra Esparta, talándose extensas zonas de tierras cultivadas, que fueron luego el infierno de los hombres y el paraíso de los mosquitos, vectores de enfermedades.

En el caluroso verano del año 430, los ejércitos espartanos estaban a las puertas de Atenas, y la ciudad fué invadida por millares de refugiados que iban de huida, seguidos por mortíferas plagas de pulgas, piojos y ratas. Después llegaron los capitanes de la muerte, el tifus, la peste, el paludismo y la disenteria, que redujeron a un tercio a griegos y espartanos y quedaron dueños del campo de batalla. Tan inmensas desdichas abrieron una enorme brecha en las energías del pueblo griego, y la luz de la cultura de Atenas, que tan poderoso brillo tenía, palideció desde aquel momento.

Entonces el paludismo se extendió paulatinamente por toda Grecia y según la autorizada opinión de Sir Ronald Ross, esta epidemia precipitó la decadencia de Atenas. La ruina de la agricultura y la disminución de la resistencia física de los griegos a causa de las penalidades de la guerra, facilitaron la pujanza del paludismo. A esta plaga se refiere sin duda Aristófanes cuando escribe: «Escalofrios y fiebres que por las noches aniquilaban a nuestros padres».

Algunos historiadores creen que la caída de la civilización griega se debe, como factor principal, a la degeneración del carácter noble de los griegos, olvidando que el paludismo, debilitando las energías físicas de los hombres, influye en la moral de los que lo padecen, como se observa en nuestra época.

W. H. S. Jones, en su obra «Malaria and Greek History» (Manchester 1909), emite las opiniones más acertadas que hemos leído sobre el particular. Según este autor, como el paludismo produce los más terribles estragos en la niñez, la raza tiene que sufrir los peores efectos, contribuyendo esto al declive de la nación. Para Jones no cabe la menor duda que el paludismo fué el principal factor determinante de la caída de la civilización griega.

El espectro del paludismo amenazó a Roma desde el momento de su fundación, y por eso, según opinión de Cicerón, Rómulo fundó la ciudad sobre siete colinas que parecían libres de la pestilencia. Los valles situados entre las colinas eran muy pantanosos, pero la famosa Cloaca Maxima arrastraba las aguas sucias hasta el río Tíber. Así Roma gozaba de una situación privilegiada con relación a otras ciudades. Cercanas a Roma había ciudades florecientes que la odiaban y eran sus rivales y con las cuales sostuvo cruentas guerras hasta llegar a destruirlas por la espada y por el fuego. Estas comunidades devastadas, según la opinión de L. W. Hackett en su obra «Malaria in Europa» (London 1937), fueron las que dieron paso al paludismo.

Durante los tres primeros siglos de la República Romana, desde los V al II antes de N. E., en que se encendieron largas guerras por el dominio de Italia, la fiebre de los pantanos se extendió por toda la península. Después siguió un período de paz en que la epidemia quedó limitada durante cinco siglos.

El Imperio Romano comenzó a decaer durante el siglo cuarto de nuestra Era, con la ruina económica de la población por el abandono de grandes territorios cultivados y la decadencia de muchas ciu-

dades. Esas fueron las causas que desencadenaron una nueva ola de paludismo que se fué extendiendo por todo el país.

La decadencia del Imperio continuó durante los siglos X y VI, época en que la península italiana fué el teatro de las más sangrientas guerras. En el siglo VII continuó la misma situación, y ante los estragos de la epidemia, los campesinos abandonaron los campos, la agricultura pereció y Roma se vió invadida por una población empobrecida y hambrienta, que era un peligro para la tranquilidad de los satisfechos. Entonces llegó a decirse que Roma era una metrópolis en medio de un desierto.

Con la llegada de los godos destruyendo los acueductos y otras obras de desagüe, la situación se empeoró por completo, siendo angustiosa.

No cabe duda que el paludismo, aliado de la guerra, contribuyó poderosamente a la caída de la civilización romana, como 1.000 años antes había contribuido a la caída de la civilización griega.

El paludismo no dejó de manifestarse en Italia en la Edad Media, excepto un corto período del siglo VIII, que parecía atenuado. Las tierras fértiles situadas entre Roma y Pisa, prósperas y pobladas durante el Imperio, fueron devastadas por godos y sarracenos, quedando el paludismo en posesión de aquel territorio. Lo mismo ocurrió en otras partes de Italia. Las continuadas excursiones de sarracenos y normandos, entregándose al pillaje y devastando los campos, obligaron a los pueblos perjudicados a pedir ayuda a los señores feudales, quienes, después de rechazar a los enemigos, tan malos como ellos, acabaron por hacerse dueños de la tierra y sembrar la ruina con sus luchas intestinas. La pestilencia triunfó sobre todos, y aquellas tierras tan ricas quedaron desoladas, huyendo los que sobrevivieron al desastre. Los habitantes de Roma adquirieron cierta inmunidad contra el paludismo, pero los extranjeros que allí llegaban eran diezmos, y así la ciudad fué protegida de las invasiones por temor a la pestilencia.

El paludismo, que no respetaba la infalibilidad de los Papas que representaban en la tierra al Dios de los Cielos, hizo entre éstos bastantes estragos, pérdida de poco valor. Durante los siglos XI y XII, los papas y obispos extranjeros pagaron en Roma un fuerte tributo al paludismo, que se hacía el sordo a las oraciones. Hackett sostiene la opinión de que la residencia de los papas en Avignon se debía al temor del paludismo, volviendo después a Roma cuando la situación sanitaria había mejorado.

En 1590, Sixto V murió de paludismo, contraído en una excursión que hizo por tierras pantanosas. Durante un largo Cónclave que eligió a su sucesor Urbano VII, éste contrajo la enfermedad en el mismo Vaticano, y murió un mes después de su antecesor. En 1623 un Cónclave desastroso tuvo lugar, durante el cual murieron de paludismo ocho cardenales y treinta secretarios.

En el siglo XV gozó Italia de paz y prosperidad, disminuyendo por lo tanto la epidemia. Pero esto duró poco porque los disturbios internos desencadenaron otra vez las furias del paludismo. Un suceso dramático de aquella época lo constituyó la historia de la ciudad de Ninfa, una vez próspera y radiante, y más tarde abandonada y en ruinas por los efectos de la epidemia.

Durante el siglo XX el paludismo continúa haciendo estragos en Italia. Macculloch, médico y poe-

ta de altos vuelos, nos ha dejado en su obra «Malaria» (1827) un extraordinario cuadro de la Italia herida de muerte por el paludismo.

«Tratándose de Italia —dice Macculloch— la parte más brillante de ese bello país es la presa de un invisible enemigo; sus frescas brisas son venenosas, y el rocío de sus cálidas noches encierra la muerte. Las orillas de sus frescas corrientes, sus ricas y floridas praderas, los bordes de sus transparentes lagos, las verdes llanuras de su debordante agricultura, los valles donde crecen los aromáticos arbustos que regalan el ojo y perfuman el aire, escogidos por esta plaga, donde se levanta erguido el trono de la malaria. Aquí la muerte se pasea cogida de la mano de la vida, sin respetar a nadie. El campesino madura sus frutos para que la muerte los recoja, y vaga como una sombra entre una vegetación exuberante, sufriendo desde la cuna hasta la sepultura. Envejecido en la niñez y hundido en la miseria, su vida es una continua enfermedad. De este próspero y desgraciado suelo es arrojado por el paludismo; y el viajero contempla desde cierta distancia una soledad cubierta por una espléndida vegetación, a la que no se atreve acercarse por temor al contagio y a la muerte

«Ni en sus casas, ni en sus ciudades encuentra un refugio seguro contra la implacable malaria, que le sigue en sus habitaciones y le acompaña en la calle. La misma Roma es escogida como víctima propiciatoria; el hombre huye de la peste que le rodea por todas partes; cada día se observa como el dominio de la muerte gana terreno, y la hora es inminente que la Ciudad Eterna deje de existir, y su destino será comparable al de las orgullosas Nínive y Babilonia, las reinas de su época.

«Lo mismo ocurre en Sicilia, Sardaña y la clásica Grecia. Es una vida impregnada de muerte, y el hombre situado entre tantas riquezas y diversiones, no puede gozarlas, y este es el infortunio de los que viven en los países de Europa donde la malaria tiene su asiento. Y mientras tanto, en las regiones tropicales la muerte recoge los frutos de una siembre inmensa.»

Los militares, destruyendo y arruinando comarcas enteras, dieron un impulso grande al paludismo, pero también sufrieron ellos sus terribles consecuencias.

El paludismo hizo grandes destrozos en el ejército francés al principio de la conquista de Argelia; también en la mortífera campaña de Madagascar muchos soldados franceses cayeron víctimas de la misma enfermedad.

La gran importancia del paludismo como problema militar se puso de manifiesto en la primera guerra mundial, cuando durante la campaña de Macedonia los ejércitos ingleses, franceses y alemanes quedaron inmovilizados por la malaria. El número de víctimas del paludismo aumenta de una manera pavorosa a consecuencia de las guerras, las catástrofes y las transmigraciones masivas de población. En Rusia, antes de la guerra europea, se calculaba que tres millones y medio de sus habitantes padecían anualmente malaria, y en 1923 llegaron a registrarse ¡13 millones! Después de la última contienda mundial, Indonesia, Grecia, Norte de Africa, Rusia, Bengala, Malaya y Filipinas, han visto aumentado el número de víctimas. Sólo en la India, se tiene como promedio anual de casos una cifra superior a 100 millones, que determinan la muerte de un millón de enfermos.

En la segunda guerra mundial el ejército americano sufrió en el Pacífico Sud un verdadero desastre por la acción del paludismo. En algunas islas el personal contaminado alcanzaba la enorme proporción de un 95%. En 1943 hubo en el ejército americano destacado en aquella región un 80 por mil de atacados. En un comunicado del Servicio de Salubridad de Guerra americano de la época, copiamos lo que sigue: «La malaria es una enfermedad terrible. El número de atacados y de defunciones es mantenido en secreto por razones de seguridad,

pero es inferior al del enemigo. Se toman medidas activas para evitar este mal».

Como este preámbulo se ha prolongado más de lo que pensaba, continuaré con un segundo artículo titulado «El Paludismo en México», refiriéndome sobre todo a los estragos que hace en el infierno verde donde vivo.

Dr. Pedro VALLINA

TRES MAESTROS ILUSTRES



N el presente año y principios del próximo se cumple el centenario de tres genios de la humanidad: Santiago Ramón y Cajal, José Martí y Enrique Malatesta. Un científico riguroso que del estudio hizo cátedra y escuela y dos sociólogos que han palpitado de emoción frente al aciago destino humano, en la difícil tarea de cultivar a los hombres.

Hurgar en el campo de cada una de esas actividades supone enfrentarse a un nuevo universo, cuyo conocimiento nos encuentra unidos en la misma acción común. Al empirismo de la ciencia rigurosa que Cajal humanizó, debemos agregar la otra ciencia de los sociólogos que conduce al mismo camino, en ese abrazo fraterno de los genios que trasponen la frontera de las razas y de la geografía.

Difícil resulta al hombre moderno establecer una división en cuanto a la influencia de una u otra figura de las tres cuyo centenario la humanidad celebra. Enrique Malatesta, descendiente de la nobleza italiana, hizo olvido y abandono de su jerarquía para abrazar directamente la causa de los desposeídos. Antes que dedicarse a una actividad útil económicamente, que le proporcionaría bienes y satisfacciones, prefirió abrazar el apostolado de redimir al mundo de la manera y forma que mejor lo entendió: no como Cristo o Tolstói, sino desde más abajo, del llano, pregonando la revolución social, que le costaría los sinsabores y martirios de cárceles y deportaciones de varios países de Europa. Desenvolviendo su vida dentro de una pobreza franciscana, acorralado aquí, deportado allá, preso acullá, ha podido pregonar siempre la buena nueva, a través de la prensa subversiva, el manifiesto, el folleto, el libro y la conferencia. Inquieto siempre, como rebelde empedernido, tuvo que recorrer varios países, huyendo siempre, y también pregonando siempre la redención del proletariado, el esclavo de nuestros días. Su obra, ya clásica dentro del campo revolucionario, constituye doctrina y

ejemplo para las generaciones futuras, cuyas enseñanzas, en el campo social, establecieron una escuela en esta filosofía nueva en que el mundo se desenvuelve.

José Martí es un paradigma de voluntad férrea que tanta similitud tiene con Malatesta. Desde los primeros años de la infancia, comenzando por la tragedia de querer saber, las primeras penurias ha debido soportarlas en el seno de su hogar. Después, liberado de aquella prisión, su contacto con el movimiento de liberación de su país, le llevó al presidio en edad muy temprana. Cargado de grillos, ha debido ejecutar trabajos forzados y experimentar en carne propia, y en su moral, los rigores de la opresión. Liberado, por tratarse de un menor, fue deportado a España. Siguió estudios en Madrid y Zaragoza; tomó contacto con los representantes de la República de 1873; saltó a Francia y desde allí a Cuba para nuevamente volver a la deportación. Poeta siempre y animado por el ideal de independencia que al fin, años más tarde había de culminar con la liberación de la Perla de las Antillas, hizo un recorrido interminable de país en país, tratando con los hombres, de los que no siempre recibió afectos. Pero, su acción conspirativa le animó para juzgarlos en la exacta medida, en todas sus dimensiones morales.

Su obra como poeta, periodista y escritor es abundante, jugosa y corrosiva contra los enemigos de la libertad. Hombre honrado en extremo, seguro en sus convicciones, refractario a la transacción e impermeable al halago del enemigo, su pensamiento es único en inmensidad e integridad. Figura de acción completa, ha sentido la fiebre irresistible de la rebelión que le arrastró, ya desde casi niño, al sacrificio donde cayó para siempre, víctima de las balas de la tiranía a la que combatió con denuesto, cara a cara.

Santiago Ramón y Cajal es el más grande hombre de ciencia que nos ha dado España en el siglo pasado. Desde muy niño ha sido rebelde por naturaleza. Comenzando por ser un estudiante pésimo,

su padre le hizo herrero y barbero, pues su inclinación por la vagancia, las pendeencias y las raterías de pequeña significación, le llevaron a hacerle aprender un oficio manual que le regenerara. Lector siempre de libros de aventuras y caballerías de mar y tierra, le han permitido formarse un estilo rico y fresco como lo demuestran sus exposiciones científicas. Su vocación inicial se despierta con el dibujo, que más tarde le habían de estimular para inclinarlo al estudio de la histología, donde tiene un renombre universal. Voluntario como soldado a Cuba, para prestar servicio en el ejército español que combatía a los insurrectos de la isla, debió regresar a España hecho una piltrafa humana por las fiebres del trópico. Luego, habiéndose despertado ya en él decididamente su afán por el progreso de la ciencia, «parece increíble que en un medio científico completamente atrasado haya podido reallizar por sí solo una obra sobresaliente de investigación como la que Cajal llevó a cabo en la histología del sistema nervioso. Esto demuestra que si los hombres de ciencia necesitan medio, ejemplo y estímulo para formarse, los grandes genios crean su propio ejemplo y su medio y hallan en sí mismos el estímulo».

Lo mismo que Malatesta y Martí, Cajal tuvo personalidad vigorosa, formada por una voluntad férrea, espíritu de independencia, «laboriosidad extrema e inteligente, concentración intensa, habilidad técnica. Su vida abnegada y heroica tuvo la inapreciable ayuda de una esposa que, como la del gran economista francés José Pedro Proudhon, «apoyó y aceptó calladamente las privaciones y sacrificios de una estrechez económica, agravada porque parte de los escasos recursos se distribuía en los gastos de investigación y publicaciones». Esto evidencia acabadamente, tomando como ejemplo las tres figuras que comentamos, que toda obra grande es el resultado de una gran pasión puesta al servicio de una gran idea. No sólo los talentos «excepcionales pueden hacer ciencia con provecho, sino también los talentos medianos que disciplinan debidamente su voluntad».

Sus conceptos acerca del futuro de la humanidad,

desde el punto de vista social, están consignados en el prólogo estupendo que escribiera para el libro de su colaborador el cubano Enrique Lluria, «Evolución Super Orgánica», que son todo un modelo de sinceridad, inteligencia y visión en pro del movimiento revolucionario imprescindible de la humanidad. En ese escrito, que más bien es un estudio pese a tratar generalidades en su incursión en el campo de la sociología, está perfilado el carácter y la gran confianza en esa revolución que ya nadie podrá negar ni evitar. El mundo, demasiado egoísta, va en pos de ella y en sus brazos se entrega.

El espíritu de independencia que caracterizó a tantos genios del siglo pasado, ha revivido en Ramón y Cajal con el mismo fuego que en Martí y Malatesta. Los caminos que siguieron unos y otros han sido distintos pero el fin es común. Cajal señaló «el peligro de la admiración excesiva a los grandes hombres y a las doctrinas consagradas cuando inhiben la crítica. Señaló los peligros de la rutina científica y la servidumbre mental» en el terreno de la ciencia, lo mismo que Malatesta y Martí en el de la ciencia social. Si Malatesta y Martí han podido tratar al hombre e inducirlo directamente por el camino directo de la revolución social, Ramón y Cajal ha confesado procurar que su vida fuese en lo posible «poema vivo de acción intensa y de heroísmo callado en pro de la cultura de mi país. Si España tuvo otrora una leyenda negra de fanatismo y de atraso, hoy ve alzarse una nueva leyenda, blanca y resplandeciente, la de su renacimiento científico brillante que completa las glorias de su historia, de sus letras y de su arte. Así como otrora conquistó un mundo para la civilización, renovada hoy su fe en las obras modernas de la ciencia, conquistará nuevos mundos, arrebatándolos a la ignorancia y al dolor».

Unidos en un mismo pensamiento, estos tres genios nos dejaron un mensaje de ternura, de abnegación y sacrificio que el entendimiento profano ha de atreverse a emular, en pro de esta humanidad dolorida que gime desde los comienzos de la historia.

CAMPIO CARPIO

TIEMPO DE EXILIO



CUANDO llegamos a Espalières terminaba el otoño de 1941. Era exactamente un primero de noviembre. Brillaba un sol magnífico y esta circunstancia nos hizo parecer más hospitalaria la aldea.

Habíamos alquilado una casa en lo más alto del pueblo, frente a una de las murallas laterales del castillo. Unos cuantos metros más allá, siguiendo la muralla, se abría una poterna que comunicaba con el parque. Un abrazo de pinos altísimos asomaban sus oscuras copas por encima de la muralla. Al otro lado de la casa se consumían unas ruinas cubiertas a trechos por hierbas trepadoras. Un día de sol podía admirarse todo esto con ojos alegres. El pueblo se extendía a nuestros pies. La altura nos aislaba de las casas más próximas.

La vieja señorita que nos había alquilado la casa

era una beata arrugada y obtusa. Al saber que éramos españoles y refugiados no cesaba de exclamar: «Refugiés d'Espagne, pauvres!» En su cabeza guardaba las imágenes de las fotografías que la prensa reaccionaria de Francia había publicado sobre las persecuciones a los religiosos. Nos confundía con las «víctimas» de los malvados rojos, llegados hasta aquel fin del mundo huyendo de las quemaduras de conventos y de iglesias. En realidad, poca gente sabía en Espalières nada de lo que pasaba en el mundo. Sólo cinco personas leían el diario, pero no era seguro que lo entendieran. La guerra, en todo su apogeo, era como un hecho lejano, y la ocupación alemana no había tenido otro signo visible que la incautación de las escopetas por los gendarmes. Por lo demás, la leña y el carbón se vendían a mejores precios, lo mismo que los productos agrícolas. Y si bien era verdad que algunos productos habían

desanarecido de la tienda-bazar, los billetes, más abundantes, les recompensaban a satisfacción.

Nuestra nueva vivienda era pequeña y estaba pobremente amueblada. Se entraba directamente a la cocina. Tenía un hogar provenzal en un ángulo y una ventana estrecha y enrejada al lado mismo de la puerta. De las dos piezas, una estaba completamente desnuda; en la otra había una cama de hierro, alta y antigua, y una cómoda vieja. Un ventanuco se abría al panorama de Espalières y al valle serpenteado por las vías del ferrocarril.

La sensación de pobreza de la casa estaba paliada por el enjalbegado reciente de las paredes y por aquella amplia perspectiva que podíamos admirar desde las ventanas. El sol reía encima del pueblo, a lo largo del valle y sobre las remotas colinas boscosas del fondo, manchadas de verde, de amarillo y de gris. Eran los colores de las encinas, de los robles ya tocados por el otoño y de los clavijares donde crece el tomillo.

Salimos a conocer el pueblo y los alrededores. Atravesamos casi toda la calle mayor. Sólo al final de la calle dos o tres viejas sentadas al sol nos miraron sin saludarnos. Silenciosas, oscuras, arrugadas, parecían desafiarnos al tiempo, como las casas del pueblo, con su paz no turbada. Algo más abajo, junto a los pajaros, picoreaban las gallinas y se solazaban los perros. Un calor último y perezoso se adhería a las paredes descalabradas, metiéndose en sus intersticios, como presintiendo los largos fríos del invierno. Los animales lo sabían mejor que nadie y lo buscaban.

A un lado de la carretera, el lavadero de piedra y tejas estaba ocupado por un ruidoso grupo de anamitas, que lavaban sus ropas chapoteando, calzados con sandalias de madera. Trabajaban en los bosques cercanos, al servicio del Estado, en empresas de carbonización. Sobre los arbustos habían puesto a secar sus ropas. Estaban contentos por aquel inesperado día de asueto que les brindaba la para ellos indiferente religión católica. El llamamiento de las campanas se desleía con indolencia en el azul de la tarde. Pensamos en nuestra propiedad, con su rosario, camino de la vieja iglesia de rudos contrafuertes románicos.

Al retorno, un inmenso bloque de sombra se desprendía de las murallas sobre las casuchas. Cruzamos algunas mujeres impenetrables que bajaban a buscar agua. Nos miraban con fría curiosidad, sin hablar. Las campanas seguían hendiendo el aire azul, súbitamente frío, y el bloque de sombra del castillo invadía ya toda la falda de la colina y envolvía al pueblo furtivamente. Cuando entramos en la casa, por la abierta ventana ya no entraba ninguna luz. La noche caía rápida y densa contra la muralla. Espalières se cerraba todavía más en su secreto.

Espalières no tenía ni un loco ni un tonto ni un gracioso, como suelen tener casi todos los pueblos del mundo. Nadie, al romper la exacta simetría de su vida diaria, creaba un saludable equilibrio, dando pábulo al chismerío, válvula de escape imprescindible en la vida rural. Si Espalières hubiera tenido su personaje grotesco, su borrachín enredador y mujeriego, anticlerical y poco amigo del trabajo, su fisonomía pública hubiera perdido gravedad y adultez, ganando para sus calles desiertas y sus portales sombríos esa ligereza clara que promueven el diálogo y la vecindad sin secretos. En vez de ese hombre providencial y simple tenía un castillo imponente, un barón y un criado del barón que era

ruso blanco, con un rostro y unos ojos tan duros como las murallas del castillo. Además tenía este, criado unos pies enormes, calzados con gruesas botas de montaña, que golpeaban isocronamente al pasar frente a nuestra puerta, al anochecer, rumbo a la poterna lateral.

Además tenía Espalières un cura joven y pobre que vivía en la misma iglesia, tan fría y desnuda como todo el pueblo. Quizá porque la situación del mundo no incitaba a las ambiciones, tal vez porque de natural era manso y resignado, el cura de Espalières carecía de vocación militante y dejaba a las viejas campanas de su torre el cuidado de convencer a los fieles de la necesidad de ponerse a bien con Dios. Sólo las más viejas mujeres atendían al diario llamamiento del cura al que se le veía pasear, la mayor parte del tiempo, por los caminos que corrían entre los bancales, alejado del pueblo, como buscando otro aire que respirar.

El tercer personaje, en orden de importancia, era el cartero. Había nacido en Córcega, había terminado su primaria y había entrado en la Administración. Se podría en Espalières, como todo el mundo, y su único entretenimiento consistía en hurtar, al terminar el reparto diario entre los colonos de los aledaños, las frutas y legumbres para el puero diario. Al principio le bastaba su cartería profesional, pero al darse cuenta de que los melones y otros frutos de igual tamaño no cabían en ella, había añadido un cajoncito a su bicicleta, sobre el portabagajes. Nadie sabía decir si los habitantes de Espalières ignoraban las aficiones expeditivas de su cartero. Pero el juego se repetía todos los días en silencio, como todo cuanto acontecía en la aldea.

Rustagne, por ejemplo, era un cafetero hierático. La guerra había simplificado tanto las existencias en sus estanterías, que cualquiera podía saber el precio de lo que consumía, ahorrándole el trabajo de decirlo. Por otro lado, los contertulios reunidos en torno a la estufa del salón parecían más interesados en el crepitar de la leña o en la laboriosa extracción de la ceniza por la hendedura inferior del panzudo artefacto, que en los acontecimientos locales o universales. A veces se aventuraban algunas palabras sobre las lluvias próximas o la crudeza de las nevadas del invierno anterior. Pero ninguna conversación se prolongaba lo suficiente como para poder llamarla así.

El silencio zera el alma de Espalières o el cáncer que la devoraba, consumiéndola sin esperanza? Pequeño mundo concentrado, de secretas o extintas pasiones, parecía talmente transitado por la vocación de la muerte que sus ruinas aumentaban de año en año, ofrecidas sin resistencia a las lianas e hiedras, a las lagartijas de fatal augurio, a la decrepitud irremisible. Debajo de su castillo, no había podido sustraerse al maleficio de la sombra, al miedo de la sombra, y por eso se consumía en silencio, víctima de un miedo de siglos y de una sombra amplia, cotidiana, inexorable.

Habíamos entrado en los primeros días de diciembre. A unos doce kilómetros del pueblo, a través de bosques, trabajaban un grupo de españoles en tareas forestales. Por unos pocos francos y muy mala comida el gobierno de Vichy obtenía grandes beneficios explotando la mano de obra extranjera. El campamento era una vieja casaca rural conocida con el nombre de «La Raphaële». En otro tiempo debían haber vivido allí los colonos que cuidaban de las tierras aledañas, pobres tierras pedregosas y ásperas robadas antiguamente al bosque

palmo a palmo. Murallas de guijarros penosamente amontonados las cercaban. Una viña abandonada estaba al lado mismo de la casa, y al frente se extendían unos campos surcados por la sombra temerosa de algunos almendros. En el patio, toscamente empedrado con guijarros, se alzaba la pared del pozo, único vestigio de agua en varias leguas a la redonda. Todo lo demás era bosque. Leguas de carrascales y robledos, atravesados por caminos de carro o exiguos senderos de leñadores y cazadores. Tres horas a través de árboles y malezas nos separaban de Espalières.

Aquel lunes, al partir, nos encontramos con la sorpresa de la nieve. Una nevada fina, blanda, inmaculada bajo los primeros indicios del alba. La nieve había cambiado el paisaje, borrando los caminos, empanachando los árboles. Las colinas tenían un aspecto distinto y la marcha una emoción inédita.

Traspusimos, muy tarde, la colina desde cuya cima se divisaba «La Raphaële». Un poco más lejos cruzamos unos emplazamientos de carboneras, con la leña bien apilada a su alrededor. Después el camino salía del bosque y atravesaba la pobre tierra yerta bajo la nieve. La débil capa blanca se había derretido ya a lo largo del camino y también aparecían grandes manchas de tierra sobre el campo, como pardas pupilas abiertas hacia el cielo gris. Los almendros parecían tiritar, retorcidos y desparramados sobre aquel pedazo de tierra helada. De «La Raphaële», único signo de vida, emergía una

columna de humo que se perdía unos pocos metros más arriba del tejado entre la plomiza atmósfera. Aquella soledad era triste. Insuflaba un hálito de abandono, de angustia y desamparo total. Más lejos, alrededor del país, la guerra lo encendía todo. Allí enfrente, a pocos metros ya, la realidad era también desalentadora. Una cuadra llena de catres toscos, de jergones de paja, de humo y de hombres sin ventura. Catorce o quince vidas paralelas en el absurdo destino en el que habíamos coincidido por azares de la guerra. Catorce o quince vidas distintas, sin embargo, en su proyección inicial, en su desarrollo y en sus conflictos y esperanzas. Sólo aquella suerte común que nos había reunido en aquella caballeriza, quien sabe por cuanto tiempo, encendía en los corazones el sentimiento de una fraternidad amplia y generosa, que era al mismo tiempo nuestra única defensa ante la hostilidad creciente del mundo que nos rodeaba.

Por la puerta grande, entornada, salía el humo. Dentro sonaban las voces en el idioma familiar. Alguien cantaba. Poco tiempo después íbamos todos camino de los tajos, con las hachas al hombro, sostenidas precariamente por el afán de llevar las manos en los bolsillos. El aire hería como un puñal y amorotaba los rostros. La nieve derretida goteaba sordamente sobre la hojarasca. El año 1941 tocaba a su fin, pero aún quedaban largos años de guerra por delante.

B. MILLA

AL MARGEN DE UNA POLEMICA

La decadencia del sindicalismo revolucionario en Francia



PARA llegar a las conclusiones que haremos sobre la decadencia del sindicalismo francés, origen de la decadencia mundial del movimiento revolucionario animado por los trabajadores mismos, es indispensable hojear un poco la historia de ese sindicalismo. Observaremos atentamente el principio del advenimiento del sindicalismo de los años 1900 al 1908 (fecha del Congreso de Amiens, que adquirió un relieve imprevisto por sus acuerdos). El ideal de Pelloutier, la Bolsa del Trabajo—base de la *comuna libre*—queda relegada a segundo lugar frente a la Federación de las Industrias (futuro reemplazante del Estado).

Veinte años antes, guesdistas, broussistas, alemanistas, acérrimos partidarios de la conquista del Estado, colocaron a los comunalistas en segundo plano.

La lucha contra el millerandismo, contra el militarismo, las relaciones más agrias que dulces con las organizaciones sindicales de otros países, las disidencias entre revolucionarios y reformistas en el seno de la C.G.T. Unas huelgas, algunas a veces ganadas de golpe y otras prolongadas y perdidas, son las alternativas que mediaron entre 1900 y el Congreso de Bourges de 1904. En aquellos tiempos y

tal ambiente se piensa en imponer la jornada de ocho horas por la acción directa, de grado o por fuerza, el 1 de mayo de 1906, fecha decidida para la demostración de la huelga general revolucionaria.

Ese gesto de acción revolucionaria puso a las fuerzas de la C.G.T. en una disyuntiva difícil, al querer arrastrar la masa sindical sin preparación combativa a una premisa definida. Ese período de agitación febril fué afrontado con la persecución concertada por el poder gubernamental y los burgueses, lo que impidió un triunfo imponente en esa demostración del 1 de mayo de 1906, como se confiaba.

Durante ese mismo mes de mayo 1906, hubo elecciones a diputados, que situaron los socialistas, principalmente, a Jaurés, en un lugar preeminente. Esa victoria socialista hizo perder de vista al sindicalismo. Se empezó a confiar las conquistas proletarias a la acción parlamentaria; esa fué la ascua socialista.

Gustave Hervé—el que se enregó en 1914 al más furibundo nacionalismo—propagaba entonces un revolucionarismo insurreccional al que se asociaban, en esos años, elementos inquietos del anarquismo y del sindicalismo. Si se estudiara detenidamente este período que llamaremos herveístas, las conclusiones serían poco favorables a los anarquistas y sindicalistas revolucionarios al faltarles visión de

unidad revolucionaria mirando hacia la transformación radical de la sociedad. Varias corrientes chocaban sobre tácticas, más que en ideología; se tenía fe en una acción sindical que sustituiría al régimen. Con el Congreso de Amiens (1906) considerado—en buena lógica—como el momento de más pujanza y apogeo de la C.G.T., las tendencias se afrentan en vista de dar al sindicalismo una independencia política.

En realidad es el supremo esfuerzo del anarcosindicalismo propulsado por F. Pelloutier. Anarquismo y marxismo es el fondo de la cuestión; los libertarios transigen ante los reformistas o socialistas camuflados.

Los resultados han sido favorables, desde entonces, a una metodología netamente clasista y antianarquista. A pesar de que Max Nettlau interpreta la resolución del Congreso de Amiens en ese sentido, «la causa revolucionaria fué victoriosamente afirmada por la famosa resolución llamada a menudo la Charte de Amiens—en recuerdo de la famosa constitución de Amiens en el siglo XII (estudiada por Augustin Thierry)—, una de las más altivas declaraciones sindicalistas redactada probablemente por Pouget y que sufrió pocas alteraciones. El sindicato, hoy un grupo de resistencia, será en el porvenir el grupo de la producción y de la distribución, la base de la reconstrucción social. Sobre esa tarea se ha fundado el deber de todos los trabajadores de formar parte de él, cualquiera que sean sus tendencias políticas o filosóficas. Como individuos son libres de obrar según esas tendencias, siempre que no introduzcan sus opiniones del exterior en el sindicato. La acción económica directa contra el patronato es la única que importa, y las organizaciones no tienen que preocuparse de los partidos y de las sectas, que fuera de ellas y a su lado pueden aspirar en plena libertad a la transformación social.

«Esos textos, resumidos aquí, y sobre los cuales se ha basado la no menos famosa frase del sindicalismo «que se basta a sí mismo», no me parecen un grito orgulloso de exclusivismo y de desafío lanzado al socialismo y también al anarquismo. En la situación de entonces fué, me parece, sobre todo una línea de demarcación que debía impedir la ingerencia socialista, pero que no debía impedir a los socialistas entrar en los sindicatos; se les respetaría en ellos, pero se les rehusaría el derecho a poner mano política sobre las agrupaciones económicas. En los anarquistas, los militantes sindicalistas no han debido ni siquiera pensar; eran amigos de los sindicatos y lo fueron ellos mismos. Pouget y sus camaradas, o eran adversarios teóricos absteniéndose en la práctica, pero no en cantidad que hayan podido pesar en la balanza. No se quería a los socialistas políticos, pero no se pudo hacer contra ellos más que esa delimitación». («La Anarquía a través de los tiempos», páginas 311-12.)

Indudablemente, ese criterio expuesto por el insigne historiador Max Nettlau, era el sentir de los promotores y redactores de la moción al objeto de ver si lograban limitar el bastardeamiento político y reformista que se apoderaba del movimiento obrero revolucionario. Los socialistas pretendían—como Marx—apoyar su acción política en el movimiento obrero.

Apenas se separaron los delegados asistentes al Congreso de Amiens, el movimiento sindical entró en una nueva fase. Desde ese momento—dígase lo que se quiera—el sindicalismo francés atrajo y tuvo enemigos más decididos que nunca a dominarlo por todos los medios. Es, pues, la Carta de Amiens, el primer paso dado en la pendiente resbaladiza que con el curso de unos años pone fin a toda esperanza de una revolución en Francia realizada por el pueblo francés impulsado por la organización confederal. La vía del reformismo queda abierta, como se abre un paso a nivel después de pasado el tren.

«Los reformistas, siempre en minoría en los numerosos pequeños sindicatos, no querían esperar más. El herveísmo florecía en «La Guerre Sociale» (a partir de diciembre de 1906) envolando a los jóvenes. Un sindicalismo, esta vez de verda-

dero orgullo, fué enarbolado por algunos intelectuales («La Action Directe», el periódico de 1908) y—eso verdaderamente por amor a la causa y por entusiasmo—por categorías verdaderamente militantes de trabajadores, sobre todo de la construcción (los «terrassiers») y hubo la pequeña guerra contra los amarillos («les chasses au renard»). En esas condiciones, en 1908, bajo el ministerio Clémenceau, la C.G.T. cayó bajo una verdadera acechanza que puso fin al ascendiente revolucionario de 1900».

Ampliando sintéticamente lo que acaba de explicar Max Nettlau, la ofensiva represiva es fuerte, las huelgas son reprimidas por la fuerza pública. Hay víctimas en Draveil, en Raon-l'Étape; una emboscada es preparada en Villeneuve-Saint-Georges, que sirve de pretexto para que el gobierno ordene la detención de los militantes destacados. El Consejo confederal es detenido. Durante esa represión se celebra el Congreso de Marsella (1908). Su importancia no sobrepasa de una resolución de solidaridad hacia los presos y perseguidos. Dominada la agitación, los presos fueron libertados sin ser procesados.

En ese contratiempo, una protesta por una huelga general de un día en París, fué sabotada por los reformistas, a cuya cabeza figuraban los sindicatos del Libro, exceptuando—en esta circunstancia—los tipógrafos de París, que hicieron una demostración de audacia contra el politicismo de Keufer. Otros aprovecharon el momento para intrigar contra el secretario preso. Los mineros reformistas entran en la C.G.T. para reforzar la posición tibia. Pouget, también detenido, se retira de ese ambiente. Grifuelhes dimitió de secretario confederal, pero siguió militando. En el Congreso de Toulouse (1910) puso Grifuelhes al desnudo todas esas intrigas. En 1914, el mismo Grifuelhes se inclinó como Jouhaux ante el «imperativo» de la «unión sagrada», pero se rehizo al estallar la revolución rusa, simpatizando con los comunistas. Hizo un viaje a la U.R.S.S., preludio de una adhesión al comunismo, que no llega a efectuar, muriendo en 1922.

El nuevo secretario L. Niel, elegido en febrero de 1909, fué un reformista ambiguo. A poco de su actuación como secretario confederal, su posición se volvió imposible. Y salió lanzando un manifiesto con Keufer y otros elementos de relieve reformista.

Jouhaux, del Sindicato de Fosforeros, sucede a Niel; es el hombre de confianza de los revolucionarios y casi podríamos decir de los anarquistas, porque entonces era anarquista.

Teóricamente—unas ligeras escaramuzas huelguísticas de tipo reivindicativo, y unas protestas más ruidosas que eficaces contra el Ejército (el militarismo)—la C.G.T. de 1909 a 1914 no abandonó sus principales profesiones de fe, ni sus reclamaciones reivindicativas: salarios, ocho horas, seguros sociales, etc. Publicó «La Bataille Syndicaliste» a partir de 1911, se organizó detalladamente, llegó a controlar un número considerable de efectivos; pero todo el mundo comprendió que sus resortes de vida espiritual estaban rotos desde 1908, desde 1906 quizás ya, su influencia moral revolucionaria, su ascendiente revolucionario sobre la opinión pública disminuía sensiblemente al paso que se inclinaba hacia la contemporización, el oportunismo.

«La Vie Ouvrière» se esforzaba en crear un ambiente profundizando las ideas. Esfuerzos que se ahogaron en el nacionalismo exaltado por los socialistas desde el poder. Así era de asfixiante la atmósfera hasta llegar a la guerra de 1914. Y no estará de más el decir que esta situación se agrava con el afán demostrado por ocupar los cargos retribuidos que hicieron, han hecho de la C.G.T. un cuerpo de funcionarios sindicales dentro del Estado francés. Tal es el final al cual condujo la resolución del Congreso de Amiens.

«La revolución rusa de 1905-1906, el gran prestigio de la C.G.T. de 1904 a 1906, y la alarma de guerra de 1906, coinciden aproximadamente, y la represión rusa por Stolypin,

esos años terrores del terror en Rusia, en 1905-1909; las persecuciones de los antimilitaristas y de la C.G.T. por Clémenceau, esos mismos años, coinciden también. Luego en Rusia las corrientes nacionalistas, desmoralizadoras, programistas, fueron favorecidas, y en Francia, Hervé «cambiaba de casaca», el sindicalismo se asentaba y hubo esas horribles desviaciones hacia el corporativismo, un sindicalismo realista y una mentalidad fascista, que se han cubierto con el nombre de Georges Sorel entonces, el cual ha podido tener objetivos y visiones socialistas, pero que se hizo muy culpable por su indulgencia hacia el ambiente circundante».

«Fue una desgracia también que en los otros países, donde el sindicalismo nacía entonces, se conociese justamente la C.G.T. de los años 1909 a 1914, y se creyese que debía tomarse por modelo; se imitó una forma cuyo espíritu, el de los años de 1900 a 1908, había desaparecido. Internacionalmente existía esa situación singular, que la C.G.T. no se creía entre sus iguales más que con las grandes organizaciones nacionales, casi todas socialdemócratas, y con ellas se las arreglaba, de manera que esas relaciones ficticias, sobre todo con los alemanes, no hicieran más que aumentar las animosidades nacionales de esos años. Y, ligada por esas relaciones formales, *rehusaba estimular los movimientos sindicalistas que se levantaban en lucha difícil contra las vastas organizaciones reformistas* y no quiso tener nada que ver con los esfuerzos para crear una Internacional Sindicalista. Hubo esos esfuerzos entre holandeses, ingleses, alemanes; por otra parte hay que notar el trabajo asiduo, constante de James Guillaume, para reunir los suizos, los españoles, los italianos en torno a las ideas y a la esfera de amistad de la C.G.T. que le dejaba hacer, pero que en suma se interesaba muy poco en lo que tenía a la vista. Todos esos esfuerzos de relaciones internacionales culminaron en animosidades, malentendidos, embrollos formidables de que es testimonio la Conferencia sindicalista celebrada en Londres en 1913 y en el mes de septiembre». (Max Nettlau, *Obra citada*, páginas 314-15).

A esta Conferencia asistían Schapiro, Kropotkin, etcétera, y por los sindicalistas españoles José Negre, Suárez Duque y García, que ya residía en Londres.

Las resoluciones de esta Conferencia se condensan en un manifiesto que tenemos a la vista y que no extractamos por no alargar demasiado este bosquejo histórico sobre la decadencia del sindicalismo revolucionario.

La idea de constituir una Internacional anarcosindicalista, como era el espíritu de los reunidos en Conferencia a Londres, no culminó hasta 1922, en que se constituye en Berlín la A.I.T.

Esa conferencia de Londres causó la unión de José Negre con la hija de García. En todos sus detalles, Negre nos ha contado lo que fue esa reunión y su unión matrimonial. También nos explicó su entusiasmo por Yvetot, que conoció a su paso por Francia.

«El pragmatismo (o el «bergsonismo») de la C.G.T. sirve de tema a todas las especies de divagaciones, para los escritores desprovistos de ideas originales y que se creen más o menos sindicalistas. Para la C.G.T. no era su fuerza, sino su debilidad. Un movimiento obrero sin doctrina, eso no se ha visto nunca y no se verá jamás. Los reformistas tienen una doctrina, la de la evolución que conduce progresivamente y sin tropiezo hacia el objetivo o simplemente a una mejora de las condiciones de trabajo en el marco del régimen capitalista, si se trata de puros corporativistas. También los empíricos que llevan su acción de día en día y sin objetivo preciso tienen ante ellos igualmente una doctrina». (Alfred Rosmer, «Le mouvement ouvrier pendant la guerre», Pag. 36).

Tomen nota de esa apreciación aquellos elementos que niegan al sindicalismo toda tendencia libertaria.

«La C.G.T. se hallaba entre dos enemigos igualmente temibles: los reformistas y los izquierdistas. Los primeros apo-

yándose en la base federativa—teóricamente al menos—de la C.G.T., no tenían en cuenta las decisiones confederales más que en la medida que juzgaban conveniente. Y aún en la oposición, no se limitaban a eso. En plena preparación de un movimiento decidido por la dirección confederal y en las circunstancias más graves, sus federaciones y sindicatos no vacilaban en actuar públicamente contra la C.G.T. De esta forma, después de los sucesos de Villeneuve-Saint-Georges, Grifuelhes, desde la cárcel, se vio obligado a calificar a los dirigentes del Libro y de los ferroviarios, de «agentes del gobierno»... Y los izquierdistas que estaban en mayoría, no por eso eran menos peligrosos». (A. Rosmer, página 37).

Testimonio elocuente de un actor de la tragedia que comentamos y que parece haber sorprendido cuando hemos afirmado la decadencia del sindicalismo en Francia, después del Congreso de Amiens.

Grifuelhes escribía entonces: «Los hay aún, entre nosotros que se dejan arrastrar demasiado voluntariamente a las violencias más superfluas y para los cuales la energía creadora se resume en el verde de las palabras. Que reflexionen éstos y nuestra acción no hará más que aumentar en intensidad si ellos ganan en prudencia. Tal vez ese lenguaje os sorprenda en mi boca. No ignoro que me expongo, empleándolo, a la crítica severa de algunos gritones. Los hay que se complacen en hablar del oportunismo creciente en la C.G.T. ¡Poco importa! Tengo suficiente valor para afrontar esa demagogia».

Esta condena va dirigida a los herveístas de una manera particular; en realidad es que ya no se quiere una acción insurgente. No es el lenguaje oportuno para desenmascarar a los discolos que no obran más que por impulso circunstancial. El hecho en sí es que paulatinamente la C.G.T. se desmorona en lo que fue espiritualidad revolucionaria consciente en el concepto de Pelloutier. La descomposición del movimiento por sus luchas internas es manifiesta.

«Jouhaux fue elegido secretario confederal y mantenido a falta de otro. Era exactamente lo contrario de Grifuelhes: no poseía, por todo bagaje, más que una elocuencia—real desde luego—, pero únicamente de reunión pública. Durante la guerra aprendió a gobernar.» (Página 38, obra citada de A. Rosmer).

Poco a poco, sin los detalles que dejamos de lado porque no es más que un simple bosquejo lo que hacemos, queda hilvanado el curso decadente de la C.G.T., que empieza cuando se quiere privar al sindicalismo de tener unos principios y una finalidad ideológica.

Y que se complementan con otras consideraciones que es imprescindible recojamos para orientación de nuestros jóvenes compañeros que tienen interés en conocer los orígenes y la evolución del llamado sindicalismo neutro o de «masas».

Septiembre de 1902, es una fecha que no se debe olvidar. Se reúne el Congreso de Montpellier, que fusionó las Bolsas y las Federaciones. El organismo de conjunto empezó a funcionar el 1 de enero de 1903. Diez años después no se sintió la necesidad de crear las Uniones departamentales (Conferencia de las Bolsas y Federaciones, celebrada en París los días 13, 14 y 15 de julio de 1913). Estas, empero, se constituyen con la idea de dar más autoridad, crear más disciplina. El Congreso del Havre de 1912, había acordado una huelga general como demostración de fuerza opuesta a la guerra para el 16 de diciembre. El Consejo confederal se negó a efectuarla. Eso motivó la convocación de la Conferencia y de un Congreso extraordinario después, como veremos.

Pierre Martin, sobre esta conferencia, hace en «Le Libérateur» estos comentarios:

«No se puede tergiversar; hay que reconocer y decir: la C.G.T. ha hecho obra reaccionaria. En plena situación revolucionaria, ha resbalado, ha faltado a su tradición, ha desviado el movimiento sindicalista de su verdadero camino

y ha dado un golpe terrible a esa fuerza colectiva: la organización de los trabajadores en partido de clase.

«...Pastores más incapaces que malos, no habéis comprendido la situación revolucionaria creada por las medidas despoticas de nuestros gobernantes.»

El 5 de agosto de 1913, Monatte, en «La Vie Ouvrière», publica este artículo: «Es que la C.G.T. ha rectificado su tiro? ¡Qué de porrazos! ¡Qué montón de injurias! Sin embargo no nos quejaremos. Es más, estaremos agradecidos a la Conferencia de las Bolsas y Federaciones de haber provocado esa tempestad. Era necesaria y será saludable. La atmósfera será purificada.

«Durante el curso de años, los sindicalistas callaron ante el ruido insurreccionalista de «La guerre sociale». Ese silencio ha salido caro al movimiento obrero. Debido al mismo se produjo una confusión desagradable, no solamente en la opinión pública, sino en el espíritu de muchos compañeros. Durante varios años, el sindicalismo y el insurreccionalismo han aparecido como una sola y misma concepción.

«¿Cuáles fueron los sentimientos que dictaron ese silencio? En algunos, el temor de parecer menos revolucionarios. En otros, los más numerosos, la esperanza de que el machacar insurreccionalista estimularía al final el espíritu de vuelta.

«¡Cuánto nos hemos equivocado! Los resultados están ahí, ante nuestros ojos: gente cansada, hastiada del movimiento, y que se ha alejado; otros que han cambiado cínicamente de casaca...

«Ella (la C.G.T.) no ha renegado ni una pulgada del ideal revolucionario del sindicalismo ni de sus métodos. Lo que ha repudiado son los «caprichos» del insurreccionalismo; ha echado mano de la ocasión para significar que ya estaba harta de exploradores de montañas que descubren una situación revolucionaria todos los quince días.»

Rosmer, sobre esta época, se expresa en estos términos:

«Esta afirmación categórica es, por otra parte, corroborada por todos aquellos que están calificados por hablar en nombre de la C.G.T. No, la C.G.T. no reniega nada. Al Congreso del Havre (1912), último antes de la guerra mundial, la C.G.T. ha ratificado calurosamente sus posiciones de Amiens; si en la mitad del año 1913 se niega a proclamar una huelga general a fecha fija, es únicamente porque sabe que no puede hacerla. A pesar de las presiones anarquistas, la C.G.T. quiere ser dueña de su acción. Si los anarquistas sienten despecho y se enfadan, eso demuestra que se dan cuenta tardíamente que sindicalismo revolucionario y anarquismo son dos cosas diferentes.»

Esos dos testimonios respaldan lo que a continuación expondremos más que todo lo que podríamos decir por explicar la crisis reformista de la C.G.T. que empieza en el Congreso de Amiens.

Como hemos mencionado, entre el Congreso del Havre y la Conferencia arriba comentada: hubo un Congreso extraordinario de sindicatos de la C.G.T. que se reunió en París, los días 24 y 25 de noviembre.

Había sido convocado para reconsiderar el acuerdo recaído en el Congreso del Havre sobre el recurso de una huelga general en Francia, Alemania y Austria en caso de una declaración de guerra. Y elevan acerbos críticas contra el Comité confederal que no cumple las decisiones de los Comicios confederales. Contra la posición reformista, a más de los anarquistas, hay minorías que conservan su dignidad y su hombría influenciadas por Monatte, Rosmer, Merheim y un puñado más de militantes prestigiosos y de relieve, pero sindicalistas puros. Cuya minoría, después de la revolución rusa, en gran parte recalca en el Partido Comunista, y luego, se escindirá en varias fracciones.

Unos son declaradamente partidarios de la política ursiana e ingresarán en el Partido Comunista de reciente acuñación; otros, más tarde, harán rancho aparte con Trotsky, como Monatte, y pocos, finalmente, con Pierre Besnard (sindicalistas), intentarán recoger el espíritu revolucionario del

sindicalismo apolítico pero autosuficiente en una C.G.T.S.R., sin lograr más que reunir una pequeña minoría. Esa es la situación. Actualmente, poco ha cambiado; más bien ha empeorado. Los anarquistas se desinteresan de la organización sindical puritana.

En un ambiente de fiebre y de tensión diplomática de guerra (1914) que se avecina, cargada de nubes densas, el patriotismo populachero se apodera de la masa, que se galvaniza con el asesinato de Jaurés. Y desde ese instante, toda esperanza de una resistencia a la guerra, susceptible de arrastrar al pueblo a una revolución, se esfuma en los gritos de: «¡a Berlín! ¡a Berlín!»

Políticos y sindicalistas revolucionarios (?) han merecido su calificativo de vendidos. Hagamos honor a algunos militantes y a una minoría que no se incorpora de grado sino de fuerza a la «unión sagrada».

El desgaste de los militantes más activos, más conscientes y clarividentes es un hecho. Las insidias politiqueras han cumplido su labor. El reformismo domina la situación sindical apoyado con el reclutamiento de diferentes cuerpos sindicales en la C.G.T., como los funcionarios públicos que representan una rémora para toda acción revolucionaria.

Doloridos, hacemos la siguiente constatación:

Pelloutier no ha tenido sucesor en su espiritualidad y abnegación ideales, con miras a la estructuración de una sociedad libre. Grifuelhes, que ha sido por la C.G.T., lo que Pelloutier por la Federación de las Bolsas, se ha reconcentrado en la indiferencia producto de la amargura. Pouget, ya no es el Pouget anarquista, ni el Pouget del principio de siglo. Pataud se ha inclinado hacia el partido socialista. Las disidencias internas han producido otras bajas notables. El termómetro revolucionario del principio de la constitución de la C.G.T. ha bajado ostensiblemente. Toda esperanza de un enderezamiento confederal aparece imposible por la presión que ejercen los reformistas y los partidos políticos misinos.

Los anarquistas se muestran más activos en su acción antirreligiosa que conscientemente revolucionaria. El individualismo ha hecho estragos, desconcertando toda coordinación orgánica de los anarquistas en un tipo de acción anarquista constructiva.

Queda el campo abierto a la evolución pura y simple hacia un sindicalismo amorfo que naufraga en una abyecta claudicación moral y se entrega, arrastrando a la masa trabajadora, al nacionalismo patrioter y belicoso que sostendrá la acción militar durante la guerra en nombre de una «unión sagrada».

Pasamos por alto las actividades en el período preliminar y durante la guerra: manifestaciones, manifiestos, carteles, octavillas pacifistas y antiguerreras de los grupos anarquistas y de elementos sindicales, de la propia C.G.T. y de ciertas fracciones socialistas. Tampoco recogemos el famoso manifiesto en favor de la guerra contra el militarismo alemán de Kropotkin, Pierrot, Reclus, Malato, etc. Malato casi se enrola como voluntario; alguien en España, aprueba ese manifiesto, mientras Lorenzo se levanta contra esa herejía.

Evidentemente, esas protestas minoritarias se pierden en el vacío, pero salvan la dignidad sindicalista revolucionaria y anarquista.

*

Prosigamos, ahora, esa narración histórica recogiendo unas observaciones de Nettlau, que tienen relación con ese período.

«Se ha exagerado mucho sobre las simpatías sindicalistas de Kropotkin. Este era un verdadero anarquista, lo que implicaba simpatías hacia todo progreso de libertad (asociación voluntaria) y en solidaridad (cooperación comunista) y hacia la creación de fuerzas revolucionarias (el proletariado organizándose y rebelándose).

«Pero conociendo los hábitos autoritarios de las masas, su penetración e impulsión por militantes libertarios—en el

sentido de la Alianza en la Internacional—, le pareció necesario. Los militantes como Pelloutier, Pouget y sus amigos no hicieron otra cosa. Los socialistas políticos y los moderados habían inspirado a los sindicatos después del aplastamiento de los revolucionarios de la Internacional, desde 1871 a 1892. Viendo a los libertarios adquirir la supremacía en ellos, tuvo Kropotkin una gran satisfacción, y en enero de 1898, de regreso de los Estados Unidos, por ejemplo, saludó tres movimientos que existían ya en germen: la Federación de los sindicatos, tomando en las manos las fábricas y la producción; las cooperativas, que harían la distribución y el municipio, que tomaría el suelo, las viviendas, etc., para las necesidades de sus miembros».

«Pero reconoció también que los socialistas y los anarquistas tenían razón al quedar como «teóricos», en lugar de ser absorbidos por un esfuerzo práctico que no serviría más que a una pequeña parte de los trabajadores. («Les Temps Nouveaux», 24 de agosto de 1895).

«...Escribiendo para los jóvenes anarquistas rusos (en el «Syndicat Rouge», aparecido en agosto-septiembre de 1905), Kropotkin aconseja a socialistas y anarquistas, fundar sindicatos independientes, pero en octubre declara que el lugar de los anarquistas está en el pueblo y que consagrándose al trabajo organizador, acrecentaría nuestras fuerzas. Punto de vista amplio, que la situación de entonces explica acabadamente.

«Bien pronto vió que las corrientes antiorganizadoras, expropiacionistas, individualistas, predominaban de tal modo—se dió cuenta en París—, que se pronunció entre sus camaradas rusos en octubre de 1906, en el periódico ruso de Londres (de octubre de 1906 a julio de 1907) y en otras partes a favor de las actividades sindicalistas, declarando, por ejemplo, que los anarquistas consideran los sindicatos como células-germen de la construcción social futura. ¿Hay que entrar en los sindicatos que existen en Rusia o fundar sindicatos anarquistas? Piensa en el hecho de que en España los anarquistas forman sindicatos sin partido y adquieren influencia en ellos, pero si es preciso en Rusia reconocer el programa socialdemócrata, preferiría más fundar sindicatos nuevos, aunque sean pequeños.»

«... El 6 de agosto 1907, escribe a James Guillaume: «Los sindicatos han sido durante veinte años la presa de los Dupire, de los Basly, hasta que los anarquistas, después de haberse creado un derecho a la vida por medio de la dinamita, se dirigieron hacia los sindicatos a fin de hallar en ellos un campo para nuestras ideas. Pero si durante ese tiempo no nos hubiéramos separado claramente de los Basly y de los Guesde—en táctica, en organización, como idea—es

posible que hasta el presente la idea no hubiese sido desatada...»

Y el 2 de marzo de 1914 escribe Kropotkin a Bertoni: «Mi opinión es absolutamente la expresada por Malatesta en «Volonta», del 7 de febrero de 1914, y a la cual te asocias tú. El sindicato es absolutamente necesario. Es la única forma de asociación obrera que permite mantener la lucha directa contra el capital, sin caer en el parlamentarismo. Pero evidentemente no lleva a ello mecánicamente, puesto que tenemos por ejemplo en Alemania, en Francia y en Inglaterra, los sindicatos ligados a la lucha parlamentaria».

«Resulta que ni Bakunin ni Kropotkin, ni en el fondo, a pesar de lo que pensase más tarde el mismo Guillaume, han creído en secciones o sindicatos como aglomeraciones, de las cuales saldría automáticamente la solución práctica de las cuestiones presentes y que por eso mismo serían la base legítima de la sociedad libre del porvenir. Tal sociedad tiene la necesidad del sentimiento, la voluntad, la acción, la experiencia de la libertad, y esos factores, aun desarrollándose en buenas condiciones, precisan de un despertar, de una evocación, de algún apoyo educativo por los mejor preparados.» (Obra citada, pág. 315, 16, 17 y 19). Es lo que interpretamos en el sentido de valorizar al sindicalismo con la esencia anarquista.

Los años posteriores a la guerra de 1914 han traído persecuciones salvajes que no enumeraremos. La guerra de 1939 ha traído horribles salvajadas nazis y fascistas, que persisten aún en España, particularmente, las barbaridades falangistas. Meditemos todos y actuemos en conjunto y con inteligencia en el mejor anhelo que pueda uno tener y realizarlo en este llamamiento de nuestro bondadoso, consecuente idealista y gran historiador anarquista Max Nettlau, que escribió en julio de 1934 como punto final de su libro citado:

«¡Que todos los anarquistas, libertarios, todos los seres humanos y de espíritu libre, puedan convertirse en una fuerza de elementos que, conservando su autonomía, todas las autonomías, se apoyan recíprocamente y, derrotando la autoridad aquí, dejándola relaiada allí por nuestro propio progreso, se desarrolle por mil caminos *para realizar la libertad en pequeño y en grande, en nosotros mismos y alrededor de nosotros*, en todas partes y en todo! Tengamos buena esperanza, porque la autoridad, por poderosa que sea, no *puede* hacer sino *mal*, y todo el bien en el mundo ha venido, viene y vendrá siempre solo *por la libertad y de la libertad*.»

Bernardo POU



ESTADO Y PODER



E confunde a menudo, por escritores políticos, Estado y Poder y la confusión no es del todo descabellada, por cuanto en el orden histórico, los dos conceptos corresponden a naturalezas inseparables, socialmente en nuestra cultura. Estado es la anatomía social, estructura y organización; poder es la función o capacidad de toda esta estructura para dominio de los hombres y de las cosas; control y obediencia para encauce de esta dinámica hacia direcciones prefijadas. De donde el Estado es el monopolio del

poder legal, moral y económico; la fuente de la dinámica de la violencia sobre los grupos sociales y sobre la sociedad como unidad en actividad.

Se ha definido el poder como «la producción de los efectos deseados» (1).

Pero, ¿cuál es el origen de este poder? Evidentemente se han dado tantas soluciones como en los orígenes estatales que tratamos (supra cap. I), pueden ser procesos mágicos, religiosos, según James Frazer en «Le Roi Magicien dans la Société primitive»; puede también provenir de las funciones del padre en la familia primitiva, donde la autoridad política es la de los padres de familia (pero no de una familia del tipo actual) que es ya muy evolucionada.

Como vimos, el padre era propietario de la familia en la Roma antigua y en otras partes. Ancianos dotados de condiciones mágicas se hacen obedecer en la sociedad primitiva menos por la coerción directa que por el terror y las supersticiones que padecen esos hombres. El poder tiene pues entre sus componentes básicos no sólo la fuerza sino también la superstición. El miedo como gran fundamento que es un comportamiento emotivo irracional, con especial actividad del sistema nervioso simpático y con reacciones como encogimiento, huida, temblor, parálisis que al final de tanta repetición, se hacen en los individuos fenómenos crónicos y que en las masas, merced al contagio mental, se propaga pasmosamente. No podemos tampoco olvidar al guerrero cuya fuerza y actividad específica también ha colaborado con la formación de jefes guerreros, que terminaron inclusive, por acapararse la riqueza.

El poder mismo crea un principio de organización en sus comienzos y altamente específico al fin (técnicas militares). «Nosotros hemos hecho consistir el poder puro en el comando; un comando perse existente. Tal concepto está contra la opinión largamente defendida que el comando sea un efecto: el efecto de la disposición psicológica de una colectividad condicionada por sus necesidades de darse a sí mismo jefes» (2).

En cualquier estudio no podemos olvidar al individuo. Existen tipos individuales en los cuales los instintos de mando son a menudo fronterizos; en los pueblos primitivos tienen gran aceptación por las tribus o clanes, penuria que ha sido transmitida íntegra a las sociedades civilizadas. Tales tipos suelen ser anormales, pues se sienten dioses o predestinados y realizan acciones consiguientes, padecen instin-

tos depredadores y de agresión, como vimos, factor político activo de éxito siempre y exagerado en el mundo moderno de las masas y de las técnicas donde se ha agigantado.

Nietzsche ha llamado a esto la voluntad de poder o de dominio y sabido es que sus admiradores son numerosos y la estructura estatal está basada positivamente en ellos.

Hay gentes que quieren mandar y no podrían hacerlo si las instituciones ambientales no estuvieran hechas para ello; pero el Estado necesita gente de mando en la paz como en la guerra. «Así el Estado trae orígenes esencialmente de éxito de una banda de bandidos que se sobrepone a la pequeña sociedad particular, banda que tiene en el enfrentamiento de los vencidos, de los sometidos el comportamiento del poder puro. Un poder que no puede invocar ninguna legitimidad, que no persigue ningún fin justo, cuya sola preocupación es explotar a los vencidos, sometidos y súbditos. El se nutre de la población esclavizada» (3).

«El poder—ha dicho un gran historiador—es siempre una minoría organizada, que está en manos de individuos aislados o de pequeños grupos. Es por esta razón que se impone sin demasiadas dificultades. El poder más fuerte se derrumbaría en unas cuantas horas y la policía y la justicia se paralizarían completa e instantáneamente, si todos los súbditos se pusieran de acuerdo para negarse simultáneamente a obedecer» (4).

Entra pues, en la dinámica del poder, su esencia y el ambiente donde expresa su personalidad social y a este último en los hombres se le llama obediencia. Si los hombres no obedecieran el poder no tendría existencia, sobre todo el poder sobre los hombres.

Los psicólogos han probado que entre los seres humanos existen personas que necesitan urgentemente obedecer y hacerlo durante toda su vida. Estos extremos han dado la pauta de que ese instinto también tiene su valor en más o en menos, en los seres humanos. Esta conducta social está caracterizada por la conformidad con las leyes, órdenes, reglas, mando, dadas por cualquier poder. Fenómeno que se inicia con el padre y que se sigue con cualquiera que ejerza dominio personal o institucional.

Nos encontramos con gente que está y obedece a la revolución y a la reacción, dios y a todo el mundo. Los psicoanalistas piensan que corresponde a una profunda conformidad y abandono de la personalidad, por taras infantiles. Este problema de que existan hombres que hayan nacido para obedecer y en general las masas, requiere una reconsideración científica, pues aunque haya gérmenes en la naturaleza humana, no justifica que esos gérmenes se aumenten

(1) Bertrand Russell: «El poder en los hombres y en las cosas», pág. 35.

(2) Bertrand de Jouvenel: «Le Pouvoir», pág. 101. Traducción italiana Risoli, Milano.

(3) B. de Jouvenel, op. c. pág. 104.

(4) Guglielmo Ferrero: «El Poder», pág. 99.

hasta los extremos más inverosímiles y los estados se encarguen, a través de la educación y el dominio de cultivarlos, por su propia conveniencia. No se concibe el poder sin una base de obediencia que se ha elevado a dogma pernicioso, medio y fin de las sociedades fundadas en la coerción.

Sin un poder agigantado la obediencia no significaría mayor peligro. En cambio con el Estado totalitario, por ejemplo, toda la actividad del género se reduce a ello y el principio de esclavitud, de negativo se traduce en el contenido político de la sociedad y el Estado totalitarios que es, como vemos, la etapa contemporánea del desarrollo del Estado histórico.

Como se ve, obediencia no es un asunto meramente individual sino social y colectiva, pues en la era del capitalismo, de las revoluciones y atómica, no se podrá establecer ninguna dictadura legítima o del terror, si no existe un fondo universal y profundo de obediencia civil.

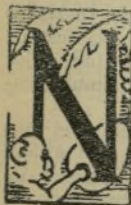
Numerosos pensadores han estudiado el fenómeno, pero nadie como esa ilustre estrella solitaria que apareció en el cielo de América a mediados del pasado siglo: Henry David Thoreau (1817-1862), que como precursor dejó su ensayo sobre «La desobediencia civil» que influyera en Tolstoy y sobre todo en el asiático Mahatma Gandhi.

Hoy se sabe que la obediencia es una fuerza compacta, pasiva, que mantiene arrebañados a los hombres mediante el motor del miedo. Si la desobediencia se generalizara solo por una treintena de días en el mundo, éste habría cambiado tan fundamentalmente que nadie lo reconocería; con el antiguo, desaparecido el poder, pues entra en los cálculos que el Poder es de una atracción patológica y allí van los débiles a morir y los fuertes a sufrir, pues no hay suficiente cuando las ansias de poder envuelve pasionalmente a los pobres psicópatas, que se creen semidioses o conductores de predestinación. Lo cierto es que la existencia de un poder estatuido arrastra las mentes o los cuerpos y en los roces, choques y evoluciones se destruyen los hombres en carnicerías de millones...

Tucidides (460-395 a. d. C.) dice en su «Historia de la Guerra del Peloponeso»: «Las causas de todos nuestros males, era el ansia de poder que surgía de la codicia y de la ambición: y de esas pasiones procedía la violencia de los partidos enzarzados en la contienda». Diagnóstico feliz para la decadencia del mundo antiguo... y del moderno.

J. LAZARTE

AUSENCIA Y PRESENCIA de MIGUEL HERNÁNDEZ



Es poco lo que se ha escrito a propósito de Miguel Hernández y su obra. Dada la circunstancia de su muerte en la cárcel, prisionero del franquismo—este hecho tiene que ser repetido cada vez que se le nombre en el exilio, por la misma razón que se silencia cuando a Miguel se refieren en España—, en más de una ocasión su nombre ha sido utilizado con mera finalidad política, sin demasiada apreciación de su obra.

Hace pocos meses, todavía, María Teresa León, en un artículo que se publicó en el suplemento literario de «El Nacional», de Caracas, aprovechaba la personalidad de Miguel Hernández en ese sentido. Pablo Neruda, en su «Canto General», intenta presentarlo poco menos que como un militante del partido comunista. Se trata del eterno juego: el mercantilismo político no respeta a nadie. A falta de ideas que ofrecer al público se busca personalidades que las sustituyan, sin preocuparse ni siquiera de las propias ideas de esos hombres. Cuando se carece hasta de figuras se crean o se arrebatan al campo ajeno o a la «tierra de nadie». Quienes hemos visto al partido comunista intentar «apropiarse» a Louise Michel y a Victor Hugo en Francia, a Garibaldi en Italia, utilizarlos en las campañas electorales, no es ya fácil sorprendernos. Los franquistas, por su parte, también intentaron algo parecido con Miguel Hernández a través de un prólogo que firmó Cossío a una reedición del «Rayo que no cesa», Espasa Calpe 1949, colección Austral, Madrid-Buenos Aires.

No obstante, la obra de Miguel Hernández, a pesar y en contra de todos estos apologistas aprovechados e innecesarios que la política depara, se agiganta por sí misma día a día, arrollando todas cuantas canalizaciones le ofrecen al paso, en busca de la grandeza de su auténtico origen. Consideramos que su muerte en la cárcel está demasiado ligada a la substancia de su poesía para despreciar

este hecho al estudiar su obra. Las circunstancias de su muerte prematura lo sitúan, indudablemente, en la fatal corriente de nuestra poesía contemporánea—Federico es otro ejemplo—, que nace con el pueblo y muere con el pueblo. Esto es todavía un concepto poético. Cualquier otro pretendido embanderamiento, se aleja de la poesía para caer en la política, con lo que siempre sale perjudicada la poesía—Neruda es un ejemplo de ese desplazamiento, por voluntad propia—. En el caso de Miguel Hernández—como en los de Lorca o Machado—, la politización de que algunos intentan hacerle objeto es tanto más despreciable cuanto que ninguno de esos embanderamientos se desprende de su obra, como poeta, y porque a nadie le ha sido posible mostrarnos el carnet político de Hernández, como ciudadano.

Acaba de publicarse—Aguilar, Madrid, 1952—la obra casi completa de Miguel Hernández. Decimos casi completa porque en esta edición se ha suprimido—excepción hecha de dos poemas—su libro «Viento del Pueblo», que apareció en 1937 y que contenía casi todos sus romances del período revolucionario. También se ha suprimido parte de su libro «El Hombre Acecha», correspondiente a la última fase de la guerra civil. A pesar de estas lamentables mutilaciones que los editores se han visto ciertamente obligados a hacer, la edición es indudablemente audaz por parte de quienes—algunos habrá—han sobrepujado a cualquier otro punto de vista la necesidad de dar a conocer a Miguel; por parte de las autoridades franquistas que lo han «tolerado», aunque mutilándola, esta edición es cínica. Les agradecemos, sin embargo, su cinismo en esta oportunidad, porque la poesía de Miguel Hernández sólo podría dejar de ser un grito de libertad, viento del pueblo, suprimiéndola íntegramente.

No cabe perder de vista que la publicación de las obras de Miguel se había convertido en una necesidad, incluso en España. Como muy bien lo señaló Benito Milla—«Poe-

sía y ejemplo de Miguel Hernández», *Cuadernos Internacionales*, abril, junio 1951—la poesía de Hernández, abriendo grietas en los muros de su prisión, en la que debía morir, en la que el franquismo necesitaba que muriese, alcanzó a las nuevas generaciones españolas, golpeándolas en pleno pecho y creando una corriente poética, más manifiesta cada día, estrechamente paralela al espíritu de rebelión del pueblo español: Esta edición de Aguilar, incluye «Cancionero y romancero de ausencias», que, junto con sus «poemas últimos», constituye indudablemente lo más acabado de su poesía.

Esta última parte de la obra de Hernández fué escrita en la cárcel. Un nervio de soledad atraviesa los sesenta y tres poemas que componen el «Cancionero y romancero de ausencias» y vibra a lo largo de ellos como una guitarra nueva en manos de Miguel, quien se nos muestra aquí con toda la madurez de su temperamento concentrado, introvertido. Miguel Hernández supo hacer del sufrimiento un estado de espíritu sosegado. A Miguel le importó siempre más la muerte que la vida. La forma de morir, que es la vida. Esta forma estaba elegida de antemano. En aquel «Llamo a la juventud» de la guerra civil, Miguel había dicho:

*Los quince y los diez y ocho,
los diez y ocho y los veinte,
me voy a cumplir los años
al fuego que me requiere,
y si resuena mi hora
antes de los doce meses
los cumpliré bajo tierra:
yo quiero que de mí quede
una memoria de sol
y un sonido de valiente.*

Hernández eligió no tener que decir luego, con León Felipe: «Yo soy quien dijo: «Que os pongan en la frente el sello de la justicia» y aquí está mi frente sin la «estrella de sangre roja». Eligió estar de acuerdo con su conciencia y logró el sosiego necesario para su «Cancionero y romancero de ausencias».

Desde su prisión mira hacia el pasado y sabe comprenderlo sin renunciar a él. Por eso morirá en la cárcel. Se diría que en Miguel Hernández hay siempre un presentimiento que le anticipa el futuro. En «El hombre acecha», nos dijo:

*Son los encadenados por siempre desde siempre.
Ser libre es una cosa que sólo un hombre sabe:
Sólo el hombre que advierto dentro de esa mazmorra
como si yo estuviera.
Cierra las puertas, echa la aldaba, carcelero
Ata duro a ese hombre; no le atarás el alma.
Son muchas llaves, muchos cerrójos, injusticias:
no le atarás el alma.*

Ahora el poema se conjuga en primera persona. «Como si yo esuviera» alcanza todo lo subjetivo de la realidad personal. «Cancionero y romancero de ausencias» es la voz del poeta, la poesía misma, que perfora los muros de su celda para resaltar la más preciosa y auténtica de las libertades: la del espíritu:

*No, no hay cárcel para el hombre
No podrá atarme, no.
Este mundo de cadenas
me es pequeño y exterior.*

La guerra ha barrido con todo. La libertad, la justicia, esas ideas por las que Miguel ha querido darse, yacen en los campos de batalla o en las cunetas de las carreteras bajo las armas triunfadoras de la injusticia y de la opresión. El poeta se halla desnudo entre los cuatro muros fríos de su prisión. Nada le queda exterior a sí mismo. Da vuelta a sus ojos y mira un horizonte de sangre, de sangre apretada que presiona por salir a la fertilidad: su propio horizonte. Un sentimiento de auténtica sorpresa se apodera de él. En el centro exacto de su horizonte halla su victoria, la única que en el fondo ha deseado verdaderamente: el amor. Si le queda el amor la soledad no existe. El amor es la máxima compañía puesto que alcanza a todos y a cada uno de los hombres que pueblan la tierra y nadie puede evitarlo. Hay toda una generación a quien amar y en este sentido el vencido no es un hombre sin futuro. La más profunda de todas las alegrías se encierra en estos versos:

*Alto, alegre, libre, libre,
Alto, alegre, libre soy.
sólo por amor.*

El amor, ese sentimiento que ni los más horribles furores de la guerra han logrado arrancarle de la sangre, ha dado libertad a su poesía. Ha traspasado la frontera del odio—la más difícil de todas las fronteras—con el pasaporte del amor. Es esa una frontera que no conduce al exilio: el exilio es soledad, el amor es la compañía de todos los hombres. La poesía del amor es el lenguaje universal que no precisa de oídos para ser comprendido, ya derecho al corazón de una generación a quien la injusticia y la opresión procurará insensibilizar los sentidos, pero que se salvará por el amor, porque el amor le dará la libertad de la poesía—que es la libertad sublime del pensamiento—primero, y la libertad de acción consecuentemente, después.

Es necesario leer la poesía de los noveles de España, leerla en esas revistas provincianas, casi aldeanas, que recuerdan los primeros surcos poéticos del Labrador Miguel, para darse exacta cuenta de la grandiosa obra que realizó Hernández desde su prisión. Gracias a esa labor de sensato campesino que elige su semilla, podemos hoy decir que la poesía de las nuevas generaciones dentro de España, está realizando por su propia cuenta el ideal inmediato de las mejores fuerzas sociales de la península, que consiste en cegar el oscuro pozo del odio abierto por la guerra primero y por el franquismo después, sin renunciar a ninguna de las aspiraciones de 1936, es decir, sin renunciar a «Viento del Pueblo».

El amoroso concepto poético de Miguel Hernández ha abierto un ancho puente sobre el abismo del pasado y de la actualidad, puente que Hernández sabe dejar inconcluso, como una prueba más de la potencialidad de su espíritu:

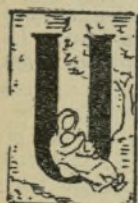
*Mañana no seré yo:
otro será el verdadero.
Y no seré más allá
de quien quiera su recuerdo.*

para que toda una generación continúe la interminable marcha de una poesía universal.

28-II-53.

J. CARMONA BLANCO

Lo que perturban los muertos



Un desviado sexual — dicen — ha cometido un cierto número de asesinatos en Londres, motivo más que suficiente para interesar a la opinión. Ya en Francia se había dado el caso de Landrú, y el más acentuado del doctor Petiot, a cuya cuenta cargaron la producción de sesenta cadáveres. Sucesos éstos muy ingratos por lo que maculan a la humanidad, por lo que desmerecen el sentimiento humano. Causas originadoras de tales calamidades, científica y socialmente las hallaríamos a docenas; pero la concreción inevitable y dolorosa seguiría siendo la misma: a las víctimas de los sádicos puestos en causa, no hay dios que las rescite.

Ni a las originadas por la soberbia franquista, circunstancia que motiva agudo problema político, ya que no humano. Preocupación humanista, no se conoce en la corte de Franco.

En cambio, la otra, la política, sí, porque, por importante que sea España, más allá de ella aún existe mundo, y gentes infelices — creemos — por no ser españolas, pero que pueden desarrollarse perfectamente de espaldas a España. Franco puntualiza fuerte y a todo evento, aquello tan definitivo como poco hidalgo de como España ¡ni hablar!, aunque lo que menos se haga en España sea el comer, preocupación poco poética que la mitad de los españoles dejan a cargo de los extranjeros.

Pero volvamos a nuestros muertos, es decir, a los muertos de los otros. Franco, sádico, religioso eminente, ha superado cuantitativamente al famoso doctor Petiot por haber trabajado santamente y colectivamente en la producción de cadáveres. Lo que ocurre es que el Caudillo — representativo de inúmeros caudillitos y caudillotes —, pese al concurso de dios y de los enviados de éste en la tierra, no ha podido ocultar a los ojos de la humanidad sus dos millones de cadáveres, lo que le equipara a un vulgar delincuente, por ejemplo, el matador de mujeres londinense, que, abrumado, abandona sus víctimas en casa para huir, despavorido, a campo traviesa. ¡Cuánto perturban los muertos!

Cabe decir, empero, que Franco favoreció largamente a la Parca para labrar la felicidad de su patria, es decir, que dió muerte a españoles para hacerlos felices, paradoja que quizás los martirizados supervivientes estimen sea verdad legítima. Pero verdad o no, el caso es que los dos millones de esqueletos están ahí y que Franco, quince años después, aún no sabe cómo apartarlos de su vista

ni de las miradas de las gentes que no gustan de espectáculos macabros. Entonces surge la necesidad de darle vueltas y más vueltas al disco rayado: «Los «rojos» eran rusos», especie de maldición gitana que parece dejar en ridículo a las 200.000 y pico de madres españolas que lloran la pérdida de sus hijos... rusos.


Que no había comunistas en España, se oye decir frecuentemente. Que durante tres años españoles de derecha y de izquierda nos rompimos los cuernos, y la crisma, se cuenta en todas las crónicas locales y extranjeras. Pero la verdad oficial franquista puede darle vueltas al disco extremadamente usado para dar a entender que los centenares de miles de españoles que combatieron en las filas republicanas eran ucranianos, tártaros, mongoles, rusos blancos (pintarrajeados de rojo), etcétera; verdad impuesta que hay que creer porque es única o porque no se permite otra. En cuyo caso uno se ablanda y Franco puede hacer cotizar su verdad anticomunista y declarar bolcheviques a los libertarios, a los marxistas rosa y a los republicanos de fiesta mayor, para que yanquis, británicos y galos le perdonen la vida, o el régimen, y los primeros le cedan dólares, petróleo, algodón, café, trigos, aceites, máquinas circulantes y «sedentarias», en premio de haber cordialmente apoyado a Hitler, a Mussolini, a Tojo, a Pétain, a Degrelle y a cuanto nazi, fascista, francista, rexista y carambolista ha poseído agravios con que mortificar, a ser posible hasta la muerte, a esa linda señora que se llama Democracia y que los yanquis tanto estiman para sí, que no para los demás.

Y tal quedarían las cosas, si a esos demonios de bolcheviques — al fin y al cabo, cable de salvación de Franco — no les diera presentemente por dulcificar el tono, por enternecerse y derechizarse al extremo de equipararse en suavidad a un Jesucristo, a un mister Eden, a un canónigo Riquet, a un Emilio Junoy... ¿No es un desespero que los kremlinistas se pongan tibios? Si el oso siberiano y el elefante norteamericano terminan por darse la lengua, ¿de dónde diablos sacará dólares el general Franco, y quién le servirá un solo litro de petróleo a cambio de España entera?

Y lo que es más desesperante: ¿cómo andar por los caminos patrios sin tropezar con estos millones de españoles que por dios, por la fe y por la patria fueron innecesariamente convertidos en cadáveres?

¡Oh, la historia de los rusos nacidos de padres españoles en tierra española!

J. COLL DE GUSSEM



POETAS

de ayer y de hoy



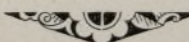
TRES
CUARTETAS

¿Del tirano? Del tirano
di todo, di más, y clava
con furia de mano esclava
sobre su oprobio al tirano.

¿Del error? Pues del error
di los antros, las veredas
oscuras, di cuanto puedas
del tirano y del error.

¿De mujer? Buen puede ser
que mueras de su mordida,
pero no manches tu vida
diciendo mal de mujer.

JOSE MARTI.



Anselmo Lorenzo

EL PROLETARIADO

Militante origen del
Sindicalismo



Ediciones MLE-C.N.T.

EL PROLETARIADO MILITANTE

(Origen del Sindicalismo)

Por **Anselmo LORENZO**. Dos tomos con 528 páginas. Precio de los dos tomos, incluidos los gastos de envío, **250 francos**.



Pedidos a «CNT»

4, rue Belfort, TOULOUSE

C.C.P. 1197-21 — Toulouse

“La C.N.T. en la Revolución Española”

por **José PEIRATS**

Materias contenidas en el segundo tomo:

- Capítulo XVI. — ESPAÑA ANTE EL MUNDO.
- Capítulo XVII. — VIDA ORGANICA Y UNIDAD SINDICAL.
- Capítulo XVIII. — LA SOMBRA DEL KREMLIN.
- Capítulo XIX. — EL MILAGRO DE LAS INDUSTRIAS DE GUERRA.
- Capítulo XX. — LA MAREA CONTRARREVOLUCIONARIA.
- Capítulo XXI. — LOS SANGRIENTOS SUCEOS DE MAYO.
- Capítulo XXII. — LA CRISIS DEL GOBIERNO LARGO CABALLERO.
- Capítulo XXIII. — OCASO POLITICO DE LA C.N.T.
- Capítulo XXIV. — IRONIAS DE UN PRIMER ANIVERSARIO.
- Capítulo XXV. — DESTRUCCION DEL CONSEJO DE ARAGON.
- Capítulo XXVI. — LA CRISIS DEL PARTIDO SOCIALISTA.

Precio del ejemplar: 700 francos

Diez por ciento de descuento a partir de cinco ejemplares. Pedidos a «CNT», Hebdomadaire, C.C.P. 1197-21, TOULOUSE (H.-G.).